JUAN JOSÉ BECERRA

nació en Junín (Buenos Aires) en 1965. Fue profesor titular de Estructura del relato audiovisual en la carrera de cine de la Facultad de Bellas Artes de la U.N.L.P. Ha publicado notas sobre literatura en *El Cronista*, *Página/12* y *Clarín*, entre otros medios donde ejerció diferentes géneros del periodismo. Es autor de la novela *Santo* (1994). Actualmente escribe editoriales y críticas de literatura y cine en *la revista Los Inrockuptibles*.

Juan José Becerra

ATLÁNTIDA

Grupo Editorial Norma
Buenos Aires Barcelona Caracas Guatemala Lima México Panamá
Quito San José San Juan San Salvador Bogotá Santiago

©2001. De esta edición:
Grupo Editorial Norma
San José 831 (1076) Buenos Aires
República Argentina
Empresa adherida a la Cámara Argentina del Libro
Diseño de tapa: Magali Canale
Ilustración de tapa: *Retrato de George Dyer en un espejo, 1968*, de Francis Bacon
Impreso en la Argentina por Indugraf S.A.
Printed in Argentina

Primera edición: agosto de 2001

CC: 21978
ISBN: 987-545-031-6

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Libro de edición argentina

a Manuel

1

uno

Después de negarse varios años al pedido de Elena de salir de vacaciones, Santo Rosales imagina durante la cena una playa desierta, libre de marea roja, aguavivas y derrames del petróleo que peina a la gomina a las especies protegidas del mar y de la tierra, guardavidas en slip y heladeras portátiles, donde pueda disfrutar, al fin, de la vida simple que llevan sus parientes y vecinos. Los instantes de ensueño aflojan los nervios de su cuerpo y rompe un vaso en el que un segundo antes se han reflejado, con la forma que un insecto podría ver de quien lo observe tras la lupa, imágenes del noticiero de las veintiuna.

En el vidrio convexo y transparente, empañado por los cubos de hielo que se deshacían en el vino blanco, ha visto las figuras deformadas de un matrimonio de pe-

riodistas a quienes oyó discutir o acordar a sus espaldas sobre el asesinato a tiros de un político en el centro. También vio la miniatura de su cara que el vidrio le ha devuelto, los restos de un enfado infantil que no ha perdido y las marcas supuestas de una ascendencia oriental que no es genuina aunque sus amigos de El Francés lo llamen Chino.

La fractura del vidrio, el choque de durezas por el que el material se desintegra en una pequeña explosión de partículas, es un ruido que se alza por encima de ese umbral de sonidos flotantes que es la música de fondo de su casa: las voces familiares en el televisor, el motor del fluorescente zumbando en el cielo raso de la cocina, las copas de los árboles meciéndose en el parque de este a oeste, como dicen los periodistas que está soplando el viento, y el roce de sus zapatos, ahogado por las suelas de goma que se cruzan bajo la mesa.

No oye los ruidos del vidrio al quebrarse, la frecuencia diversa y sucesiva, aunque suene simultánea, del todo convirtiéndose en partes. Sí lo hace después de notar la ausencia en su mano, el hueco que parece inducido por un gesto de hemiplejía o su contrario: un ejercicio de rehabilitación, o la evocación de una forma que ya no tiene lugar entre los objetos del mundo aunque encuentre su reemplazo en ofertas de bazar.

Lo que hay en ese sueño, que Rosales sueña despierto en ese instante en el que el deseo suprime la vigilia y la vigilia se convierte en un sueño olvidado, es un paraíso que sólo ocupan él, su hijo y Elena, y el vehículo ade-

cuado de un momento feliz: el transcurso lento del tiempo, el pesado giro de la Tierra que gira una y otra vez en rotación infinita, y en traslación, como si nada fuera a terminarse alguno de estos días: ni el tiempo que se escurre, ni el aire hasta hoy gratuito que respiran los hombres, ni el noticiero de las veintiuna aun cuando ya son las veintiuna y cincuenta y siete.

Su afán de felicidad es un apéndice de él o una compañía desapercibida que por momentos lo despierta como si recibiera sin aviso un shock eléctrico, o le metieran un dedo grueso en el culo y él reviviera, con el susto que produce en el solitario descubrir que se encuentra acompañado o en el hombre advertir que es una dama, esa playa que en algún lugar habrá de existir, porque si bien el universo es vasto en lugares escondidos, no hay quién pueda imaginar algo que no exista en algún sitio.

Imagina una forma difusa, borrada por la distancia que existe entre desear una imagen y obtenerla, y luego una suma de detalles que a simple vista no pueden verse en conjunto: bancos de arena, sean de playa o corralón, lo mismo da en la suma de Rosales; cierta fauna silvestre fuera de hábitat, más fiel a la ley de los zoológicos que a la de la zoología; la atmósfera salitrosa que ya puede respirar gracias a esa intuición del porvenir que tienen los humanos y que le acerca noticias de un futuro dorado, o plateado.

Rosales ve la bruma diurna del mar acercándose a la playa, el blanco impenetrable de su sombra que toma del negro aquello que el negro tiene de absoluto, no de

oscuro; huele las sales y advierte la amenaza de la herrumbre en los metales, las maderas y la piel de quienes moren en el puerto, si es que tiene puerto el paraíso que imagina. Ve también un punto fijo y lejano en el que pueda perderse, que no sitúa en el horizonte, esa línea imprecisa allá a lo lejos que dice poco de sí y mucho del punto de vista de quien pudiera estar mirando: cualquier hombre pequeño que contemple con éxtasis lo grande.

Su imaginación observa los componentes aislados del pasiaje, sobre el que aplica una idea personal de combinación y movimiento que más tarde, en un grado más desarrollado de su imaginación, será una muestra de naturaleza ordinaria pero inédita para él, quien la verá por primera vez y creerá que por primera vez sucede. Verá la sucesión interminable de granos en la playa; un nido de pájaros en formación en las copas de los árboles, con pichones boquiabiertos, huevos rotos y plumas sueltas; hojas perforadas por gusanos, gotas de rocío que cuelgan inestables de esas hojas, y el proceso microscópico de transformación que en un instante las convertirán en una aureola de humedad, un vapor invisible y luego nada.

Al día siguiente, como respuesta a algunos comentarios muy intencionados que ha hecho abiertamente, recibe en su oficina un álbum de fotos y la curiosidad le asalta el cuerpo con una invasión que comienza en su pie débil, el sensible a la humedad y a los masajes, y termina en la palpitación de sus sienes que suenan, al registro

interno de sus oídos, como el galope apagado de caballos sobre un surco.

Nada de lo que ve allí es, todavía, verdadero para él, pero ahí están esas imágenes como prueba de que existe otro mundo en Atlántida, un pueblo de Uruguay donde el mar va y viene, aunque aparezca fijo en la verdad resumida de las fotos que ha visto, y en cuyos segundos planos un grupo de niños parece perder el tiempo sin demasiada conciencia. Así, como su hijo, son los niños para Rosales: despectivos con las cosas que les parecen abundantes. Imagina perros echados de panza sobre los claros de algún cañaveral; sedientos, alertas o en actitud de cachorros, entrando al mar endulzado por el arroyo Bando o Pando, un nombre que una lectura imperfecta, porque imperfecta es la escritura, le impide discernir en el cartel que lo anuncia, hasta que acerca sus anteojos a la foto, y entonces lee el nombre, la enmienda que le han hecho con un clavo para que lo que es Pando sea Bando y además, cuando ya abandona la lectura creyendo que han cesado las palabras, la frase íntima escrita en la chapa verde de un camino:

–Molina culo roto.

Rosales va una tarde a la casa del amigo del amigo que le ha dado aquellas fotos en busca de información más detallada, que excluya la biografía de los veraneantes que en ellas se asoman rosados por el primer baño solar y le dé, a cambio, formas de alojarse sin costear mayores gastos, rutas de tránsito seguro, descripciones de una estadía sin problemas. Allí lo recibe un hombre robusto con aires de

magnate, sin facultades para describir tanto como para advertir su incompetencia en descripciones.

Haber olvidado sin remedio el viaje al que debe referirse, aquel que se ha perdido en el recuerdo de otros más recientes, le dan al cuerpo de este hombre el entusiasmo que ha perdido su memoria: apoya un dedo índice sobre las fotos y lo hace girar en círculos, con la histeria de un estratega en apuros. Es un dedo regordete, como uno de esos pequeños embutidos que abundan en el copetín de El Francés y nadie ordena porque su origen es dudoso o remoto.

Rosales está seguro de que en ese gesto hay algo del carácter de su anfitrión, en apariencia precavido y eficiente en asuntos de vida cotidiana, aunque desaliñado en las formas. Piensa que el secreto de este hombre consiste en estar atento a cosas que, en general, no tienen importancia: el detalle preventivo, la anticipación imaginaria de un acto propio o enemigo; cosas que aún no sucedieron pero que habrán de suceder en algún momento y, frente a ellas, él sabrá cómo desenvolverse sin ayuda.

Por la noche, Elena y Rosales entran a la casa. Mientras conversan sobre las vacaciones, ese plan que Elena propone con euforia renovada cada año y, cada año, Rosales difiere con excusas que ocultan el hecho de que, si lo difiere, es por principio y no por causas justas, él la ve inclinarse sobre la mesa del teléfono en una posición involuntaria de oferta sexual. Escuchan el ruido del pequeño motor arrastrando la cinta y luego los mensajes que se reproducen haciendo vibrar el parlante atornilla-

do bajo la carcaza de plástico: el primero es de unos niños bromistas que han llamado al azar; el segundo es una voz que anuncia la muerte de Coco, el padre de una amiga de Elena que Elena, en sueños, a veces confunde con el suyo; y luego hay un tercero, que no oyen.

Ella se sienta sin soltar unas carpetas que ha traído, en medio de un suspiro de cansancio profundo y prolongado, que termina en su cuerpo pero viene de muy lejos. Poco después recibe una andanada suave de aflicción, y luego un dolor violento y punzante, conocido y a la vez inesperado, y sin poder darle identidad a aquello que sucede tan de golpe, advierte en cambio que ha recibido la mitad de una cosa en su conciencia, y otra mitad que es diferente. Ha imaginado esa muerte, y compadecido a su amiga de las circunstancias en que habría de tener lugar: una casa humilde, un jardín con narcisos, margaritas y claveles, patrullado en forma discontinua por perros de espíritu depresivo, o deprimidos por la inminencia del amo ausente.

Al día siguiente recorren veinte kilómetros bajo la lluvia en el Lancia 79 de Rosales, una máquina azul con ciertos aires futuristas que han quedado perdidos en la historia del diseño, una pieza de colección que no sabe muy bien por qué la ha adquirido pero de la que no quiere desprenderse porque, le dicen los amigos que conocen oscuros pormenores de ese rubro, los tasadores del mercado automotor otorgan valores irrisorios al usado del cliente, cada vez que alguien les pide que lo haga o pasa, simplemente, por la puerta de una agencia.

Son los primeros en llegar al cementerio, caminan por unos senderos de hormigón resquebrajados por su propio peso y pasan por un pequeño templo de puertas abiertas, arreglos florales de plástico y algo que habría que ver si son *vitreaux*. El conjunto es en apariencia insuficiente para inspirar fe religiosa, aunque no impida sus prácticas rituales: la ingesta de ostias, la confesión susurrada en el tono temeroso de los rezos, las alusiones al Padre, al Hijo y a las transformaciones de aquel que, aunque muera, vivirá.

No los cuentan, pero ven llegar dos o tres autos negros que encabezan el cortejo, y dos o tres más, todos con las luces altas encendidas. Los empleados del servicio llevan el carro de gomas macizas, como las de un tren de aterrizaje, hasta la puerta del primer coche y deslizan el ataúd hacia fuera en una descarga suave. Lo trasladan sin apuro, a una velocidad a la que pueda soportarse la despedida, paso a paso, retrasando voluntariamente la llegada al horno, cuyo rumor suspende la charla en el desfile e inhibe el intercambio de voces en los grupos que han venido mezclando, durante la caminata, chistes sobre cuernos alevosos, las convenciones inútiles del pésame y comentarios sobre si ha sido justa o no la ejecución a sangre fría del político.

El féretro es manipulado en forma compleja pero veloz, lo que hace parecer la maniobra más sencilla, con la decisión que precede a los actos definitivos, a la manera en que se organiza un truco, en una ceremonia acompañada de la esperanza de los deudos, quienes pa-

recen especular con una escena de escapismo o resurrección, algo que imaginariamente los traslada de allí hacia otros mundos que están en el futuro inmediato, ese momento en el que, durante esta misma tarde, retomarán los quehaceres ordinarios de la vida cual si fueran quehaceres trascendentes.

Pero lo único que sucede, el verdadero acontecimiento, es el ruido de los aparejos, las roldanas, los ganchos niquelados, las cadenas. Esos veinte o treinta kilos de metal que acompañan el cajón al interior en medio de un concierto sincopado de golpes, hasta que la intensidad de los ruidos disminuye y sólo alcanza a escucharse el zumbido grave de los quemadores abiertos al máximo, a unos diez mil grados, según refiere un deudo nazi.

Rosales piensa en ese interior, en el ánimo de los operarios que a la cuenta de tres extraen el cadáver del cajón y lo arrojan, tal vez en medio de una broma, al fondo del incinerador; y en el cuerpo fresco respondiendo a los estímulos físicos del calor, ya sin resistencia frente a ellos, sin nada que puedan hacer sus huesos, su piel, sus cabellos, la alianza matrimonial donde grabaron hace años el nombre del muerto y de la viuda, que los empleados del servicio han olvidado sacar de su mano izquierda, para mantenerse como parte de las cosas materiales.

Por la chimenea del horno surge una columna de humo denso y ascendente que se va inclinando hacia el sudeste; un gris oscuro de fumata papal sobre el gris más claro del cielo. El jefe del servicio se presenta en el hall y apenas levanta la voz por encima de las conversaciones,

cada vez más suaves y fragmentadas. La viuda recibe la urna: una caja de pino barnizado, con seis remaches de aluminio en la tapa. Sus familiares marcan una zona desde donde surge el dolor que busca la forma más adecuada de representarse: una suma tensa de silencios quebrada, cada tanto, por aquellos a quienes el silencio inhibe o incomoda. Comienzan a rodearla en pequeños círculos concéntricos; dos o tres, de tres o cuatro personas cada uno. Intentan tocar la caja, pero no es parte de un nuevo rito lo que hacen, aquel que quiebra la quietud del dolor en los sepelios, oponiendo a la quietud del dolor un movimiento, sino una respuesta a una extraña curiosidad: las que los lleva a preguntarse qué es lo que queda de un hombre cuando muere.

El hermano del muerto la toma con las dos manos, como si estableciera relación con algo vivo o algo frágil y no con una caja que no tiene nada adentro, salvo el recuerdo aún no organizado del difunto. La acerca a su hijo menor, un niño de aspecto silvestre que podría ser su nieto, y le ordena que toque, que toque al tío que está calentito. La pequeña mano, áspera y entumecida por una duda física, se abre y queda plana, suspendida sobre el centro de la tapa. Rosales ve los ojos del niño buscar los de su padre, y en ellos la aprobación a su valentía, aunque no es su valor lo que el padre aprecia. Aprecia su obediencia llana, y la confianza con que ha respondido sin reservas a su estímulo, cosa que ya no es un pacto tácito entre un padre y su hijo, sino un espectáculo que resume en un instante la intensidad más profunda de este duelo.

En el cementerio se observan un intercambio de instrucciones entre la viuda y sus hijos que es el precedente de una nueva organización familiar, y un tráfico disimulado de tranquilizantes. Rosales y Elena se alejan por donde han venido, y sus pisadas se ahogan en la humedad del camino. Nadie tiene nada que decir ni hacer, excepto trasladarse a esa velocidad escasa que los ha traído, sin alardes de vitalidad, en honor a la quietud de todos esos cuerpos sepultados bajo un competente trabajo de jardinería.

El cementerio tiene, imaginándolo desde una vista aérea, una trama simétrica, una forma justa sin prioridad ni jerarquías. Rosales, que no sufre y por lo tanto no puede imaginar el sufrimiento de los otros, piensa en cambio en esa vista, y la poca o nula importancia que ese cortejo y esa muerte tienen para la naturaleza que, lejos de inquietarse, mantiene con desdén su equilibrio inalterable, mientras rodea con su vegetación de siglos el desfile afligido de los deudos y su lógica de la duración breve.

Entran al auto, Elena abre un paquete de pastillas y el efecto de la menta parece despertarlos. Sus inhalaciones son más francas y más frías, adecuadas al clima invernal de este día de verano. Rosales enciende el motor y espera unos minutos a que los hierros se calienten, rocen sus metales y en el roce se dilate el volumen de las piezas, expulsen los gases por el caño de salida, le den al interior un aire tibio. Por el espejo retrovisor ve el humo que sale del escape: un vapor liviano, como una parodia de cremación o el hervor de una pava. Las escobillas barren de

uno hacia otro lado el agua del parabrisas; lo seco y lo mojado, lo claro y lo turbio, se suceden a un ritmo regular; pero Elena mira hacia un costado, en dirección a la lluvia suave que como un vidrio esmerilado cae sobre los campos y el lomo de algunos animales.

Le cuenta a Rosales, en el estilo incompleto con que una memoria se refiere otra, que su amiga ha dormido anoche junto al padre muerto, como hacen las niñas con sus padres vivos; que se ha tendido junto a él sobre la cama para encontrar, por última vez, su compañía. Llora sin ruidos, sin mocos ni propósitos teatrales; cede a una purga por la cual su cuerpo se vuelve más liviano y ajeno a las circunstancias que lo envuelven. Las luces de las calles ya están encendidas cuando el auto de Rosales entra a la ciudad. El temporal ha dificultado las actividades cotidianas, cuando no las ha impedido, y ha dejado flotando en el ambiente un clima de trópico, una voluntad de reparación que la naturaleza emplea luego de atentar contra sí misma.

En la oscuridad de la habitación, Rosales ve cómo Elena se desnuda, cansada de cargar con un cuerpo ese día. Mira el vértice anterior de su bombacha, el pequeño bulto que se forma bajo el algodón, y luego las aureolas oscuras que se marcan sin relieve sobre la superficie del corpiño transparente; la ve abrir la cama, introducirse en ella suavemente, acomodarse de perfil y dormirse o fingir que se ha dormido. A su lado, Rosales ve unas líneas curvas recortadas en las sombras y las toca con movimientos rectos, de bocetista. La suavidad de la tela y la

piel, los pequeños pelos erizados allí donde el cuerpo de la mujer se divide en dos, y la humedad que habrá de filtrarse de ahora en más desde el cuerpo hacia el exterior, aunque en este instante sea imperceptible a su tacto, producen en él una voluntad de posesión furtiva donde comprueba el dolor de amar un cuerpo extraño.

Con sus ojos orientados hacia el hueco de la puerta abierta que la oscuridad interior no alcanza a descubrir, pero que la oscuridad externa, menos cerrada, pone en evidencia como sombra clara, Rosales piensa en la inocencia de ese cuerpo dormido, en la respiración infantil y el desconocimiento de aquello que acompaña a Elena mientras duerme: el cuerpo del hombre que yace despierto a su lado, las agujas fluorescentes del reloj despertador que parecen agujas sueltas en la noche, no un reloj; las ruedas de los autos deslizándose en el asfalto mojado, la llovizna sobre los árboles del parque.

Ella estira una mano, sin que se advierta si ese movimiento surge de un resto débil de conciencia o de los avatares de un sueño de acción, y alcanza el perfil de Rosales, quien adopta la misma postura, se pliega a su cuerpo como si ella fuera un molde, o ambos fueran manos que se juntan en un rezo. La carne de Elena, abundante bajo la cintura, comienza a moverse hacia atrás en una sucesión de golpes breves y firmes que se dan alrededor de un eje imaginario dándole a su cuerpo un movimiento que sólo es posible encontrar en las caderas de mujer o en los caballos de calesita.

Rosales se hace a un lado para que caiga saliva sobre

la palma de una mano, unta la línea más oscura que puede detectar en ese cuerpo blanco que no ve, que sólo es una forma cuando lo toca, y que cuando no lo toca no es nada, y orienta las hilachas negras de la línea en una sola dirección, al modo de un peinado a la cachetada que aplasta la mata rebelde de pendejos.

El movimiento repetido le da un aire de máquina al cuerpo de Elena, un modo rutinario que no es el modo del placer. Rosales le calza las manos sobre los huecos húmedos de las axilas como se las calzaban a sí mismos los guapos en la esquina, y luego le mete las manos entre las piernas, apoyando los índices y los pulgares sobre los bordes del ovalo, ásperos y resbaladizos según los dedos hurguen más lejos o más cerca de la entrada.

Intenta comprender el interior de ese cuerpo, descripto en general por las leyes de la anatomía como un ejemplar más entre miles de millones, una unidad ordinaria con formas y funciones similares a las formas y funciones de sus pares. Pero más allá de los flujos, gases, músculos, huesos y tejidos ordenados en un cuerpo de mujer similar a muchos otros, Rosales le pregunta, mientras ella despierta poco a poco con esas introducciones, si es que no ha estado despierta de antemano, si le gusta la chota, si le cabe la verga, si le copa la garcha, si le va la poronga bien adentro. Imagina las cenizas de Coco, y el pesimismo que sucede a su imaginación fúnebre le da ánimo para sostener ese trajín junto a Elena mediante un extraño optimismo del cuerpo. Ella grita con una voz contraria al ritmo de los verbos y las voces y junta sus manos como si espe-

rara una limosna merecida o un pase de pelota, para dejar que caiga allí la leche, lentamente, gota a gota, como dicen que se hacen las torturas en la China.

II

dos

Elena se va a la mañana siguiente sin discusiones que precedan la partida, sin amenazas posteriores desde el palier, ni escenas dominadas por el drama de la riña o la tragedia de la pérdida de aquello que se quiere. Alertado, tras lo obtenido en disputas similares con mujeres diferentes, de la poca eficacia del forcejeo o el insulto, la deja ir mientras ve su forma diluirse de manera rutinaria e inscribirse en la estadística del día como salida común, no como última salida.

Pero esta vez la voz suave y aniñada de Elena, y su renuncia constante a tener lo que le ofrecen para tenerlo mejor en el futuro, han desaparecido de otro modo, y con ellos la prueba, también constante, de un sufrimiento que para Rosales ha sido la única prueba de su amor por él. La ausencia de Elena es un lugar amplio en cuyo

interior no hay nada, apenas los indicios de una deserción que Rosales no pudo prever ni reprimir. El silencio se expande por los rincones sin muebles de la casa, allí donde la casa hace eco, se distribuye en flujos sin rumbo que ocupan el espacio y vuelven hacia él, instándolo a que el silencio sea quebrado. A lo lejos oye, en la radio de algún auto estacionado en el frente de su casa, una balada de Brasil que habla de un viaje, el cansancio que produce haberlo hecho o haberlo imaginado, una casaca de general y una serie de anillos, algo que Rosales, sin mucha información, asocia a la importación de cotillón o al contrabando.

Como todos los viernes dormirá con su hijo. Maneja tenso, con los dedos clavados en el cuero del volante, estaciona en doble fila en la puerta de la escuela sin balizas ni señales de su mano que anticipen la maniobra y ve a su hijo, o más bien al bulto que parece corresponderle, realizar muecas en espejo con sus compañeros. El niño lo ve y corre hacia el auto arrastrando un portafolios con ruedas de plástico y bolsillos laterales. Rosales ve cómo se arroja sobre el asiento trasero y obtiene, en el espejo retrovisor, el resultado parcial de esas representaciones: una zapatilla al revés, un brazo en alto, un chupetín bolita del que caen, ya fuera del espejo, gotas de caramelo sobre el tapizado.

Entran a la casa y Rosales se abalanza sobre la mesa del teléfono. Mira el aparato, el indicador de mensajes y levanta el tubo; escucha el tono monocorde, cuelga y selecciona las dos pequeñas perillas del chasis para darle

mayor intensidad al timbre y poder acudir a él aun desde la ducha o el patio. Los minutos transcurren lentos porque Rosales ha comenzado a controlarlos y Elena no está como voz del otro lado del teléfono, fuente de calor en su cama, o noticia en boca de un tercero; de manera que comienza a sentir ese vacío del modo más agudo: como una presencia que suspende el sentido de las cosas, su interés por los sucesos de la vida diaria y la idea de futuro que tenía hasta hace algunos días.

Mira los azulejos del cuarto de baño, la luz difundida por la claraboya, las toallas blancas raídas en su centro, los grifos niquelados, la loza clara de los sanitarios. A esa mirada de decorador de interiores, de vecino o de plomero, ninguna de esas cosas le habla en un idioma que conozca, porque una extraña amnesia lo priva ya no de los grandes recuerdos, sino de esa memoria que sitúa y mantiene a las personas como parte de algo conocido.

Escucha, en la voz de su hijo, el pedido infantil que persigue la atención permanente del hombre sobre el niño, el único instrumento con que el niño cuenta para saber si está siendo protegido por su padre, o está siendo abandonado. Conversan acerca de cómo deben construir un trapecio que atraviese el patio a lo largo o a lo ancho: da lo mismo en el parque cuadrado de Rosales. Cuentan lo que hay en la casa: un cable de acero, tarugos, terminales de bronce, tornillos y un diseño primitivo del trapecio en sus cabezas. Deben añadirle una roldana y unos ganchos en forma de triángulos con rosca y tuercas corredizas, que así serán pedidos a la hora de

comprarlos, de donde colgará el arnés y de él el niño, como ha visto Rosales que cuelgan los atletas del circo o aquel que limpia vidrios en la altura.

En busca de las piezas que faltan, recorren las ferreterías de la feria en las que abunda la misma teatralización de desencuentro entre despachantes, albañiles perezosos y padres de familia con sus tornillos de muestras y su media lengua técnica. El hijo de Rosales va hacia un balde de metal galvanizado y se entretiene durante algunos minutos con un interior de bulones, arandelas y tuercas devaluadas por el óxido que un cartel ofrece a tres por diez o a cuatro cada juego. Pero en la velocidad de su mente infantil, el trapecio y su empeño en construirlo cuanto antes han quedado en el pasado prehistórico de su deseo, y ahora sólo quiere desafiar el apuro de su padre.

La inminencia del trabajo empieza a decepcionar al niño. Como siempre que está por cumplir un sueño, prefiere la idea o el hecho porque cualquier cosa entre una y otro le quita ánimos, lo distrae y lo obliga a cambiar de planes de inmediato. Una conducta que Rosales entiende porque cree conocer a su hijo cuando, en cambio, sólo reconoce en ella ciertos aspectos de un carácter que le es afín.

Los días de lluvia o frío, resignado a la intromisión del mundo exterior sobre su suerte y confinado a un mundo de interiores, el niño abandona por la fuerza su ideal de vida: esa línea continua de ocio, frente a la cual la obligación del desayuno, los preparativos escolares y los pactos que preceden el juego son molestias burocráticas, atentados contra el flujo de la diversión. De golpe se

convierte en un niño paciente, o en un adulto, capaz de esperar horas el momento de un instante de placer aunque, cuando el instante llegue, el placer se vaya y ya no importe el esfuerzo que ha empleado en conseguirlo, ni la paciencia de la que ha debido armarse para sostenerlo en los momentos críticos.

El frío y la lluvia lo llevan a Rosales a armar un circuito de pequeños automóviles que se desplazan por impulso eléctrico, con más de cien piezas, puentes sobre nivel, boxes y una espiral aérea instalada en el punto más veloz de la pista. La construcción ocupa dos horas de esas tardes, a veces más si el niño y su padre descubren conexiones incorrectas o advierten que el dibujo de la pista no se adapta a los patrones rigurosos de los planos.

Una vez que finalizan la obra de encastre de los tramos y controlan la carga de las pilas, el niño hace circular el vehículo número uno, el que dice que es de él, con un interés sin manifestaciones efusivas, apoyando su dedito displicente en los controles como lo haría un anciano, sin condescendencia con el tiempo perdido por su padre. Las curvas peraltadas, los puentes, las rectas, han sido montados con precisión; no hay falsos contactos entre las escobillas de los autos y las guías que pudieran sabotear la marcha, pero el niño ya no esta allí, sino en alguna remota actividad del porvenir.

Bajan del Lancia una bolsa con los elementos que les faltan para armar el trapecio, entran a la casa por la puerta lateral, atraviesan el pasillo y, mientras el niño continúa a la carrera hacia el patio, Rosales va hacia el

contestador que marca con sus pestañeos un mensaje. Arroja con prisa la bolsa a sus pies y lo reproduce: es un sonido ambiente de exterior, bocinazos de fondo por delante de ese ambiente y un rumor ambiguo de pasos y voces que al ser de varios habrán de ser de nadie.

Abatido por ese mensaje que no es nada pero que él piensa que es Elena que ha dicho, desde el cono de silencio en que se halla, que no tiene nada que decir ahora o que va a decirlo todo cuando quiera, sale al patio. Su hijo se ha trenzado en lucha con el perro, formando figuras mitológicas en las que por momentos prevalece el hombre y, por momentos, la bestia. El enfrentamiento tiene sus reglas, se da en un silencio de caballeros que ajustan cuentas sin otra querella que la de medir e imponer la fuerza con que lidian. Pero la torpeza del animal arrastra al niño, lo domina con su peso y lo lame finalmente, venciéndolo del modo en que se dirimen estos pleitos en el mundo de la ilustración animada.

Tienden el cable de acero, miden su extensión y Rosales taladra las paredes del patio con una mecha gruesa como un dedo. Introduce tarugos en los orificios y, en los orificios del tarugo, unos tornillos que terminan en cabezas con forma de ele. En ellos engancha los terminales del cable, instala el arnés y lo lanza hacia ambos lados para verificar el desplazamiento liso de la polea, a la que le falta grasa, a menos que a Rosales le hayan cobrado la polea cara y entregado la barata, del mismo modo en que pagó la mecha con punta para perforar paredes y le dieron aquella que apenas atraviesa la madera.

El niño abre las correas, se introduce en el arnés y toma impulso con una pierna para atravesar el patio. Su padre lo ve impaciente y feliz, en su estado pleno, y vuelve a entrar a la casa para urdir en privado una estrategia que pueda acercarlo a Elena cuanto antes. La luz del contestador apenas se mantiene como una señal de alerta que nada interrumpe, ni habrá de interrumpir por estos días; y frente a ella queda, preso de un hechizo intrascendente, destrozado por la comezón de un tiempo que no es vehículo de ningún suceso.

Regresa al patio y oye que su hijo, que va y viene y en ese movimiento lleva y trae el sonido inestable de su voz, le pregunta por qué le dicen Chino. De Rosales surge una sonrisa de cumplido, un gesto engañoso de felicidad que le deforma la cara y la orienta hacia una mueca de introducción al llanto. Las manos húmedas del niño se desprenden de las correas, su cuerpo se inclina primero hacia atrás y luego hacia el piso, sin que el movimiento de traslado se detenga, y da su frente contra la pared, cabeza abajo, a una velocidad de ocho a diez kilómetros por hora, según el cálculo que establece tras el ligustro su vecino comedido: el ingeniero Galarza.

Rosales ve la sangre que cae de la cabeza del niño en un pequeño reguero espeso y oscuro, un derrame lento sobre las baldosas claras del patio. Algunas lágrimas del niño comienzan a caer sobre las gotas de sangre y las diluyen, aclaran su color y le dan un cuerpo más liviano, de malbec o tuco. Abraza al niño, lo calma y acomoda con su mano el pelo ensangrentado. Intenta sacarlo del

arnés sin orden, lo que lo ata aún más a las correas, mientras el perro gira en círculos alrededor del accidente, lamiendo la sangre que en su memoria salvaje remite a esos cortes vacunos que hace tanto que no come, y a una vaga idea de abigeato adaptada a sus posibilidades de perro que nunca ha obtenido su alimento de la caza. Rosales lo patea a la pasada, entra a la cocina y vuelve con un cuchillo de mesa, corta las correas con dificultad y libera al niño, quien lo mira fijo de un modo que él entiende como una acusación velada a su descuido cuando, en verdad, es una acusación abierta.

Mientras un médico cose la cabeza del niño en la sala de guardia del hospital público, Rosales lo toma por la espalda con un abrazo que sirve tanto de consuelo como de mordaza. Ve la punta de acero atravesar la piel del cráneo, rasgada y oscurecida por el golpe, y la belleza silvestre del rostro de su hijo, todavía amedrentado por el modo en que la fuerza física de la que se ufana ha sido puesta en su lugar.

Luego de ponerle el pijama, el sueño del niño lo abandona y lo entrega a una vigilia que, cree, no podrá soportar sin compañía. En esa soledad, en las que ve resumido su futuro, piensa mientras besa el parietal del niño y se acerca a la cocina. Pasan los minutos y vuelven a repetirse las escenas estáticas de estos días: el teléfono no suena, nadie llama a la puerta. Se frota por encima del pantalón en forma suave y, en la medida en que su bulto crece y estira las prendas que lo ajustan, lo hace de manera más enfática,

olvidando con el énfasis de quién es el cuerpo o de quién es la mano. Baja el cierre, desprende el cinturón y manipula entre las telas, las corre hacia abajo y mira la piel irritada por el roce y la sequedad, mientras las bolas hinchadas se mueven como un vientre en un parto.

La luz de la cocina cae sobre esos movimientos y se refleja en la piel cuando Rosales escupe la zona para calmar el ardor, aunque lo que haga sea aumentarlo. La cabeza de eso que los muchachos de El Francés llaman pelado con polera o chino tuerto está afuera, inflamada y cubierta por la película que ha quedado del escupitajo de gripe de Rosales, una flema verde agua que se desliza hacia abajo a la velocidad que tendría, en iguales circunstancias, la cola que pega la madera cuyo nombre de mercado Rosales desconoce.

Él no puede constatar el proceso a simple vista pero los líquidos, que intentan refrigerar la carne caliente, se evaporan poco a poco mientras su mano derecha realiza presiones combinadas de maestro pizzero sobre el núcleo de la masa. El pulgar y el índice son una argolla a medida, acompañada por el movimiento que produce el cierre de la mano, con los dedos hacia adentro, para recordarle a Rosales aquello que su mano debe emular.

Sentado, con las ropas caídas sobre los zapatos sin cordones, su mano comprueba tanto la dureza como la suavidad y el radio exacto de lo que envuelve. Algo en él se jacta de esa reacción que parece estar respondiendo a otro carácter y no al suyo, cuya conciencia perdió, lo sa-

be ahora que la ha recuperado, cualquier iniciativa para las empresas ligadas al placer.

Lleva hacia abajo la argolla y en esa posición sostiene el conjunto tirante, mientras con la otra mano se saca un zapato, toma una de sus medias, acomoda la boca de algodón bajo la cabeza que brilla en la cocina, se para de golpe y ve saltar la leche, del modo en el que escupen las pistolas de agua, en el interior de la media que ha elegido como envase. Los dedos acompañan la salida y orientan el flujo que se manifiesta en forma de pequeñas vibraciones que llegan hasta el hombro luego de haber recorrido cada tendón y cada músculo del brazo, a mitad de camino entre un calambre y un ejercicio vulgar de bícep.

Hace un rollo con la media y la ajusta con su propio elástico antes de arrojarla a un depósito de ropa sucia, levanta su pantalón, y respira hondo, sentado otra vez del mismo modo pero más cansado, tratando de recordar qué cosas han inspirado ese momento. Alcanza el control remoto y enciende el televisor porque cree que en el televisor el tiempo se comprime, o transcurre de un modo más veloz que los días de su vida sin Elena. Allí encuentra, de algún modo, las cosas que ha perdido: puede encontrar su infancia en los canales infantiles que su hijo sintoniza por las tardes, los besos de su amada en las historias de romances extranjeros, sus ínfulas de atleta en las estaciones deportivas y, en la señal codificada, el paisaje pornográfico que encuentran los hombres por las noches, si están acompañados.

En la primera sucesión de imágenes ve impalas sin

amparo bebiendo de un estero, en Serenghetti, sin que adviertan la presencia discreta de uno, dos, diez cocodrilos; otra bomba en Jerusalén; el llanto de la viuda del político asesinado en el centro, y la del guardaespaldas que murió junto a él del mismo modo, por causas muy distintas; otra vez el estero, donde los impalas ya no beben y los cocodrilos comen. Se detiene en el canal británico que transmite, en vivo, la llegada del cadáver de la Princesa de Gales al sector militar del aeropuerto de Londres. El féretro baja por una cinta y Rosales anota, al pasar, sobre el ángulo en blanco de un diario, la matrícula del avión. Diez miembros de la Guardia Real lo cargan en extraña formación; los de la izquierda extienden sus brazos por debajo del ataúd y apoyan las manos sobre los hombros de quienes han quedado a la derecha. Uno de ellos encabeza el cortejo hacia un viejo Morrison, mientras el último guardia, una mole de cráneo mogoide, robotizado por el protocolo de palacio, lleva una corona de pequeñas flores blancas dando, en sincronía con sus pares, pasos cortos y violentos: de chancho jabalí.

De pronto, desde otro punto de la ciudad, aparece la imagen del Primer Ministro rodeado de periodistas y camarógrafos. Está hablando del asunto en los jardines frontales de su casa, y lo hace con una sonrisa de la que Rosales ignora si es el resultado de su misericordia o su astucia, dado que parece luchar contra las profundidades de sí mismo para que esa sonrisa no sea continua o desmedida e impida entrever que surge de su ironía, o del recuerdo de una broma pesada sobre la realeza, mientras la

cámara lo toma de cuerpo entero, delante del semicírculo de reporteros, quienes se reacomodan silenciosamente dando pequeños pasos laterales sobre el césped.

A la mañana siguiente Rosales despierta a su hijo, rozando apenas su espalda y pronunciando, en voz baja, palabras ininteligibles de bienvenida. Observa los gestos conocidos de ese momento en el que reingresa a la vigilia, su resistencia a la escuela más que a la vida diurna y su pereza de comenzar un nuevo día instado por la voluntad de otro. Recoge las piernas dentro de la cama, con los ojos cerrados, y su padre imagina las proporciones y las formas de ese cuerpo en movimiento. Se incorpora sin abrir los ojos, apoya los pies en la alfombra y va hacia el baño, continuando ahora su sueño como un juego que consiste en conservar la torpeza de otro estado, y también las prerrogativas de una vida sin conciencia. Al salir del baño, donde ha dejado una estela de pasta dentífrica con sabor a frutilla sobre el lavabo, toma de una silla un muñeco articulado que activa su memoria de la noche anterior y le da una voz amenazante.

En la puerta de la escuela se ha concentrado, como todas las mañanas, un grupo de chicos en pleno auge de una actividad destructiva que los impulsa a subir los escalones y, en un mismo instante, a bajarlos en una estampida que arrasa con aquellos que han quedado rezagados. Desprolijos y sordos, ahora se reúnen en grupos diferentes cuyos miembros van rotando y salen disparados en varias direcciones para volver sobre el punto de reunión en el que cada uno introduce algo propio en el

conjunto de las novedades: un gesto copiado de un adulto, una palabra penada por la escuela, golpes de karate sin ortodoxia y las reglas del último éxito de los recreos: la mancha cabezazo.

Como de costumbre, Rosales ha olvidado que permanece estacionado en doble fila, y que varios automovilistas esperan que los deje pasar, aludiendo por lo bajo a cómo será la reconcha de su madre. Saluda a su hijo con un gesto vago de la mano y regresa a su casa donde ve, en medio de la oscuridad artificial que las ventanas cerradas le dan a la casa, la luz roja del contestador que indica una llamada. Al escuchar otra vez los ruidos de fondo en la cinta, la sinfonía ambigua de intemperie urbana de aquella otra llamada, imagina a Elena parada en el interior de una cabina pública, habituada a su nueva vida de la que Rosales no ha tenido, todavía, una noticia.

Se sienta en el borde de un sillón del living, aunque mentalmente esté parado, y retrocede la cinta grabada una y otra vez, acercando su oído más agudo hacia el parlante. Suena un primer timbre prolongado y penetrante, y después timbres más breves y silencios que, por contigüidad, se hacen más profundos, como se hacen profundas las diferencias entre cosas distintas que se acercan. Desafiante, demora unos segundos antes de atender y, temeroso del fracaso al que el desafío lo lleva, descuelga de golpe, agitado por la tensión insoportable del momento en el que habrá de saber algo, o tal vez nada. La voz de Elena le da forma a unas palabras que fijan la relación distante entre los cuerpos, un programa de aproximación

verbal que, mientras parece retenerlo, en realidad lo expulsa de su vida con aquellas cosas que parecen pronunciadas entre líneas. Le propone que se encuentren en el banco a las diez de la mañana y, cuando Rosales alude con palabras del pasado a la vieja intimidad que ha habido algún día entre ambos, palabras que repite sin que digan algo del presente, Elena le pregunta, preguntándose a sí misma:

–¿Nos vemos?

III

tres

Apoyado sobre la vidriera del banco, y tal vez porque no ha llevado sus anteojos, Rosales piensa que, visto de lejos, un cuerpo pierde aquello que lo hace singular entre otros cuerpos. Se rasca una pierna con la mano que ha introducido en el bolsillo del pantalón y avanza hacia la piel a través de un orificio en la tela. El movimiento agita el interior desordenado y reubica las monedas, los tickets de supermercado y las llaves del auto.

Cuando ve a Elena parada sobre la vereda de enfrente, o más bien una imagen parcial de ella que aparece y desaparece detrás del flujo a medias transparente de los autos que van por la avenida, su pensamiento se inclina hacia una opinión general sobre los cuerpos desconocidos, de los que prefiere apartar aquel que comienza a avanzar hacia él con lentitud e indecisión.

Recupera en su memoria ciertos fragmentos de esa carne que se acerca, indicios de una distinción que desea conservar para otorgarle algún detalle a los recuerdos del futuro, mientras Elena se abre paso en la ciudad con una indiferencia que aplasta las miradas de los hombres, preocupada por que el reflejo de la mañana sobre los vidrios del banco no le hagan perder las referencias de la calle ni trastabillar en esa vereda de baldosas desparejas.

Incorporada a la corriente peatonal de la avenida, es una mujer común, un producto agigantado por la imaginación de Rosales que ha crecido en estos días y ahora, como si a un arbusto arrancado de la sierra lo hubieran restituido a su paisaje dándole al valor absoluto que tenía el valor relativo que ahora tiene, se pierde como parte de un todo infinito que, tal como pueda hacerlo su memoria, comienza a enumerar: el murmullo informe de los motores, un taxi vacío que marcha a paso de hombre, una anciana que lleva en sus brazos un diminuto perro de tres patas, escolares que se tocan con desesperación los genitales, policías tiesos en su patrullero, una secuencia fugaz en la que, en un kiosco de revistas, alguien lee la tapa del diario que anuncia novedades sobre el crimen del político en el exclusivo restaurante de pastas Gracie.

Pero sus observaciones han sido precisas sólo por un momento, porque la mujer del perro no alcanza a cruzar la calle cuando el patrullero ya se ha perdido de vista, y el cliente del kiosco se ha ido al tiempo que han llegado otros. Piensa que así es la vida, que es esa la lógica de un fluir en el que los cuerpos y las cosas van cambiando pa-

ra reparar lo que se ha ido con presencias nuevas, en el mismo orden en que la mujer que ya no está a su lado regresa junto a él en un retorno falso, con una farsa de presencia, y se detiene en la puerta del banco adelantando su pierna izquierda al modo de un descanso militar.

De los pies a la cintura, Rosales ve el conjunto familiar, las formas conocidas, el pantalón que le trae, al verlo, recuerdos a su tacto; la lonja ancha de cuero negro en esa línea en la que el cuerpo de Elena comienza a estilizarse en dirección al torso, mientras que del torso hacia abajo queda como está: gordito. Pero cuando su mirada va hacia allí, el reflejo del sol que se filtra a espaldas de su amada le cierra los ojos y, cegado, ve en ese lugar, donde el rostro de ella falta a su mirada, el cuerpo oscuro de una Elena imaginaria, menos real pero completo.

En medio de esa confusión del exterior, Rosales ve la mano de Elena que le alcanza unas pastillas y luego lo mira para ver si sigue siendo él o ya, tan pronto, se ha convertido en otro. Él extrae las tabletas de las cajas, las observa con un gesto de especialista o ignorante y mira la forma y los colores de las cápsulas. Sus ojos se abren ahora a resguardo del sol, que no alcanza a aquello que de lejos parece una pareja, debido a que esos haces rectos y violentos se han detenido en una señal circular de tránsito, hasta que la Tierra gire un poco más y el sol, que ha dado sobre ellos por la derecha del cartel, salga más débil por la izquierda en media hora.

Esa sombra es también el refugio de Elena, el punto que elige para detenerse, besar a Rosales con un leve

contacto de su boca y empujar la puerta del banco con el perfil de su cuerpo. Él desea que los segundos transcurran lentos, como transcurren en ese sueño de vacaciones encantadas que aún sueña despierto; desea una pausa en ese tiempo que se desliza velozmente, como si bajara por un palo enjabonado, al margen de su voluntad de sacar a Elena de los movimientos rutinarios del banco, cautivarla y tenerla por un instante a merced de esas cosas que quisiera decirle si pudiera organizarlas. Pero en cambio ve cómo subraya los gastos de la tarjeta, y advierte que ha hecho dos cuentas y no una sobre un papel en blanco; que ha dividido la deuda y que ese jeroglífico que sólo ella entiende, como si hubiera inventado una lengua nueva que nadie conoce ni traduce, lo excluye del territorio de las cosas compartidas.

La letra de Elena, que ahora no está ahí, es una línea delicada que se inclina hacia el margen, y que Rosales recuerda de las cartas que Elena le ha enviado sin que recuerde dónde ella las ha escrito y dónde él las ha guardado, y de las que sólo queda la idea de un amor que aparece escondido en las frases como amenaza o una prueba de vergüenza, o en algún diminutivo donde la palabra dicha alude, al mismo tiempo, a aquellas que no dice.

Mientras piensa en esa caligrafía que lo nombra o lo ha nombrado, porque el tiempo también vuelve ajenas las cosas escritas en presente, ve la costura del jean que le marca la hendidura entre las piernas y los hombros humedecidos por el calor que su cuerpo ha traído de la calle, y huele el olor que mana en vapores perfumados

debajo de sus brazos. Como un freno a los fines brutales que surgen en Rosales mientras huele, se introducen los propósitos menos inmediatos del amor, un clima de asalto o abordaje que comienza a cubrirla y ella rechaza apenas lo percibe en la mirada de Rosales, en la forma de su boca algo ladeada, en la afectación con que dice algunas cosas que son menos de él que de una pobre convención de reconquista.

Elena hunde sus manos en los objetos que Rosales siente como propios porque ha revisado alguna vez esa cartera, como ha hurgado en la de su madre y su tía Pele para revelar secretos femeninos y saquearlas. Los objetos van cambiando de sitio mientras la mano gira sobre el fondo: las pastillas de menta, el grabador portátil, los tampones medianos y un diente de leche de su ahijado trabado en las costuras. Saca un papel, una lapicera y escribe la prescripción de esas pastillas que acaba de entregarle a Rosales sin mirarlo, para que no anime ilusiones de regreso y cure, por otro lado, la enfermedad que le ha incubado como último recuerdo de su cuerpo.

En la puerta del banco, sometidos a la claridad del mediodía, sin la compañía de las sombras que reaparecerán a las dos o tres de la tarde, si es que ellos no se esconden o duermen la siesta a oscuras, por supuesto: cada uno por su lado, comienzan a separarse. Rosales la saluda pero permanece petrificado, sin evidencias de que esa despedida haya sido pronunciada en serio mientras Elena, quien no ha respondido al saludo todavía, se aleja rumbo a la parada de taxis. Su cuerpo parece zanjar

ese momento de indecisión con inclinaciones hacia uno y otro lado y pasos lentos que, sin embargo, avanzan, nunca retroceden, todas muestras de un carácter en el que Rosales encuentra suavidad y determinación.

Ve una vez más que su forma, vista con un interés que ya no es correspondido, ingresa poco a poco en su cabeza como la luz en la emulsión de un negativo. Se aleja apoyando los talones y dejando entrever las curvas de sus piernas, a través de cuyo interior puede observar, no ahora que no tiene los anteojos, el paisaje inferior de la calle: un niño jugando con pelota, un balde con agua que se derrama sobre las lajas de un edificio público, un auto que atraviesa la esquina con tierra roja del norte en la cara externa de las ruedas o, simplemente, polvo de ladrillo del nuevo complejo de tenis que está en boga.

Entra a un bar y ordena un café, abre las cajas de pastillas a la hora de tomarlas y las toma para evitar que se propague en él la alteración que Elena sólo puede controlar por temporadas y que ha provocado en ella un nuevo hábito: el de acomodar a diario un espejo entre las piernas e inclinarlo cuarenta y cinco grados o cincuenta hasta que pueda ver cada detalle, incluso si le hace falta depilarse, abriendo su agujero con dos dedos que formen una horqueta. Con los labios separados de esa boca vertical que siempre se abre y nunca habla, controla el desarreglo, el color más fuerte de la piel y siente, ya sin el auxilio del espejo, el aroma a puerto que penetra en el ambiente y suprime el de los humores más comunes, aquellos que Rosales ha hus-

meado igual que el guardabosque husmea un incendio en las reservas forestales.

Los prospectos de las pastillas se despliegan sobre la mesa del bar, sobre un ángulo por el que el mozo acaba de pasar un trapo rejilla que arrastra grasa a la pasada, en movimientos de ángulos rectos y giros descuidados. Dicen que las drogas que toma él y toma Elena atacan y reducen las chlamydias trachomatis y psittaci, el cólera, la chancroide y la rikettsiasis pustulenta, y acaba, para siempre, de por vida, con la fiebre manchada de las Montañas Rocosas. Pero más que ese lenguaje extraño al uso diario, a Rosales le interesa detenerse en la serie de advertencias. Acomoda otra vez el papel sobre la mesa humedecida, lo aplana con la mano y mira con sus ojos abiertos como un dos de oro o un par de huevos fritos, los que en El Francés cabalgan sobre el bife de chorizo, la tipografía pequeña del prospecto.

Paga una cuenta de dos pesos con cincuenta, se levanta y se va sin mirar siquiera al mozo, quien recogerá más tarde la propina, antes de retirar la vajilla usada, pasar el trapo nuevamente y cambiar el cenicero, para que quien llegue tras Rosales piense que Rosales nunca estuvo. Lleva las pastillas sin delicadeza, asiendo las cajas cual si fueran el tesoro singular de los amantes, el salvoconducto hacia una reunión futura que la imaginación de Rosales da por hecha, aún sin pacto, en estos días. Esos prismas de cartón vencidos en sus ángulos por la presión despareja de sus dedos, lo unen a la mujer perdida en sacramento profundo y sin contactos: lo único que ha queda-

do entre ellos de una rutina de pareja. Durante varios días, a la hora señalada, minuto más, minuto menos, llevarán a su boca la poción que los acercará aún en la distancia, el filtro del amor que los enamorados beberán bajo la luz clara de la luna, al mismo tiempo, cada uno de ellos en un punto fijo del universo que los mantiene, cuanto más alejados, más atentos a la suerte del perdido.

Rosales entra a su casa a media tarde, se acuesta vestido al estilo de su padre, pero sin zapatos, se acomoda en el colchón y se duerme de inmediato. Tras dos horas de siesta comienza a moverse con pequeños espasmos que no son los de un hombre sino los de un feto. Estira una mano hacia el despertador: cae, ruedan las pilas. Enciende la lámpara y ve un cabello negro que cuelga de la tulipa de plástico cosida en línea vertical. Lo estira, evalúa su radio en una unidad que para los especialistas en pesos y medidas es el micrón, y para los cráneos de El Francés la pendejésima, levanta la sábana y lo enrosca al chorizo que cuelga por la abertura de un calzoncillo tipo boxer, cien por ciento algodón. Al ver que la carne se infla, la toma dejando el cabello dentro de ese embudo que ha hecho con su mano y ejecuta las fricciones que ha venido perfeccionando desde los doce años.

El manoseo le da la lucidez que le ha quitado el sueño, y comienza a pensar que Elena ha muerto para él al tiempo que está presente para otros: los vivos de siempre, los compañeros de trabajo, los noviecitos de la infancia, los caminantes que disminuyen su paso para que Elena los deje atrás y ellos la miren sin ser vistos.

Ahora la ve calentando la mamadera de su hijo, sin ser madre ni nodriza, sin tener incluso un nombre para el niño que comienza a amarla a su manera, como aman los niños, o los adultos que tengan cierta tara, a quienes los proveen. Es el eslabón perdido de su felicidad que vuelve en su recuerdo con el gesto que le iza el labio superior hacia la izquierda o la derecha, ya no lo recuerda, cuando se enoja o cuando ríe; con sus ojos grandes, claros y un poco tristes, y sus manos finas de las que no se notan venas ni se advierte por lo tanto la sangre que fluye dentro de ellas. Recuerda la tibieza de su carne dormida y el olor familiar de ese cuerpo al levantarse, tan familiar como el del menú preferido de su infancia: la sopa de verduras que en su pueblo llaman minestrone; y la huella de un lunar extraído de los labios por la que Rosales le ha cantado en el tono de una canción de cuna, para que ella creyera que se quedó de algún modo aquello que se ha ido, que ese lunar que tiene sobre su boca no se lo dé a nadie que a él le toca, o le tocaba.

cuatro

El hijo de Rosales salta sobre la cama a las once de la noche, y la humedad de su cuerpo se introduce lentamente en algunas zonas del pijama de algodón que cubren las axilas, el cuello y las adyacencias del ano. Unas gotas se mantienen en una línea de sus pómulos, aunque habrán de rodar hacia la manta dentro de un instante, oscureciendo la tela hasta que el calor de la habitación evapore esa oscuridad que Rosales y su hijo no advertirán cuando llegue, ni cuando se vaya.

El niño salta para conciliar su sueño, aunque a esta altura ya hubiera debido conciliarlo. A lo largo del día se han ido agotando sus fuerzas y, a falta de ellas, continuará mañana con sus acrobacias y acatará en cambio, ahora mismo, la orden de su padre de ir abandonando los movimientos más enérgicos del cuerpo como una máquina

que se desconecta de la fuente que le da vigor, para emplear sus últimas reservas de energía en actividades de la inteligencia.

Los párpados del niño se van cerrando, venciendo poco a poco al sistema de nervios que durante gran parte del día mantienen su peso, hasta que se abren sin que medien un cambio de ritmo o de tono en la voz de Rosales, quien lee, por enésima vez, el relato de una familia de conejos revoltosos, condenados por sus propietarios a una reclusión rigurosa y absueltos en vísperas de Navidad.

Un dedo del niño señala los detalles de las ilustraciones, tal vez con la intención de que ese dedo, que se pliega sobre sí por la misma razón que caen los párpados, mantenga la atención de la mirada allí donde la mirada comienza a perderse. La respiración se va ajustando a un cuerpo que no tendrá movimiento a lo largo de unas horas, se estabiliza en una frecuencia baja, de hibernación, y le da al rostro del niño un aire de preocupación típico del mundo escolar. A ese cuerpo pequeño Rosales lo cubre hasta el cuello con la manta sobre las que se arrugan o estiran los personajes de televisión que su hijo más admira hoy, apaga la luz de la habitación y apoya su boca sobre el cráneo transpirado para extraer una medida informal del calor de su cuerpo, y tal vez de su cansancio.

Una vez en el living, atiza y acomoda la leña del hogar sobre la losa radiante, en un plano inferior de la hoguera. Los trozos de quebracho iluminan los ángulos internos de la chimenea, más claros cuanto más los mueva

Rosales quien, aún sin la experiencia del leñador o el fogonero, detiene su mirada en los colores profundos de las brasas, algo que no es rojo pero sí, en cambio, fiel a la idea de rojo que se tiene del infierno.

Las superficies de corte en la madera, serradas por los hombres del vivero, conservan en sus círculos concéntricos las vetas que revelan vejez o juventud, mientras un globo de savia oscura late como pompa o un pequeño corazón abierto entre la leña. Hay un rumor en el centro de la hoguera, un silbido de pérdida que se recorta en el silencio de la casa; pero no es todo silbidos de escape en el silencio lo que se instala como único ritmo en ese living, porque en ellos se introduce una nueva melodía de sonidos aún más breves, de pedazos de madera pesada deshaciéndose en el núcleo abrasador como suma de calor y luz incandescente que se extienden en la noche convirtiendo en polvo los trozos de los árboles caídos.

El tiempo libre le da lugar a ir adquiriendo, en noches solitarias como éstas, costumbres de otros sitios y otros hombres. Se sirve un trago fuerte en un vaso ancho, y luego gira un dedo sobre tres cubos de hielo en un gesto de boliche que realiza el bolichero al llegar la madrugada, para así mojar sus labios en el borde y efectuar una ligera transición entre el sabor fuerte del whisky nacional que está bebiendo y el jugo más bien neutro de su boca.

Con el estímulo parejo del alcohol, sin el cual se dormiría sentado, revisa cosas, acomoda materiales diversos del pasado: documentos de una deuda con el fisco que le

traerá dolores de cabeza el año próximo, invitaciones a bodas y bautismos, recortes de diarios extranjeros, fotos de su hijo en fiestas de la escuela y un registro cifrado de la ausencia de Elena, escondido en el fondo de una caja. En él ha ido anotando los sucesos de los últimos seis meses, hilando equivalencias entre sus dibujos bien cerrados y la intensidad de aquello que refieren. Es un ejercicio que se ha vuelto diario y ocupa varias páginas de un cuaderno envuelto en un papel azul con rótulo, en el que el vacío de información se traduce como espacio blanco en el papel, mientras las llamadas telefónicas entre Elena y Rosales son un círculo o un cuadrado, según quién las haya hecho o recibido.

En cambio el triángulo, porque cada cosa que ha pasado no es descripción sino una forma en ese diario, señala el día del encuentro en aquel banco, episodio que tal vez ha recordado al ver la figura que lo representa tanto o mejor que cientos de palabras escritas, dichas o escuchadas. El triángulo lo lleva nuevamente hacia el suceso que el tiempo va alejando de su vida poco a poco, y el rencor de aquel momento puede verse en esas líneas rectas que ha trazado con ira en tinta roja, dejando, al margen de la forma que para la geometría es figura repetida y ordinaria, la idea de un hecho único que, sin embargo, al recordarse es otro y ya no el mismo.

Lo que ambos se hayan dicho en las llamadas que el registro señala como círculo o cuadrado, según las hayan hecho o recibido, no aparece en palabras que traduzcan esas formas terminantes, como suelen ser las formas

cuando se las da por concluidas. Aparecen, en cambio, algunas notas sobre el margen, una memoria pequeña que se ata a las inclinaciones de la voz y a las pausas en las que, mientras respiran uno y otro en los extremos de esa línea que los une, la línea del teléfono más que la cuerda dorada que une a los amantes, le dan a las palabras el sentido que no está en ellas sino en el pasado del que vienen.

Me dice, le digo, me cuenta, se ríe, me callo: las notas de Rosales en primera y tercera persona sobre dichos que intercambia con Elena, son la muestra de un tráfico de idiomas diferentes que no encuentran nunca lo común en esas charlas. Los cuerpos alejados simulan que se rozan con sus voces, mientras saben que es la carne lo que se une a otra carne si la unión es amorosa; y no un sonido de la lengua, que repite como loro lo que el cuerpo ha escuchado de otras lenguas o conoce a medias de sí mismo.

Rosales lee, al azar, fragmentos de esas notas donde dice que el domingo 26 de un mes que no refiere, tal vez porque todos son idénticos en tedio, ha llamado Elena mientras él ha intentado demostrar que estuvo ausente, ocupado o muy atento a otras llamadas. Ha intentado fingir que no la espera y ella ha preguntado cómo está para que él conteste que está bien, tal como hay que responder a esa pregunta que busca igual respuesta en sea quien fuere quien responda.

Pregunta cómo está: le dice que está bien y, al tiempo que se miden en la pausa, Rosales le pregunta de dónde está llamando para oír, ya de mal modo, que no tienen

importancia esas cosas. Le dice que aquello que sí importa es que ha llamado, y que habrán de estar juntos algún día de un futuro que no llega. Él va a ver, le dice Elena, aunque nadie lo asegure, que la reunión llegará tarde o temprano, porque si dos se quieren, dos se buscan y se encuentran algún día.

Al silencio de Rosales, Elena le pregunta qué le pasa y Rosales, apremiado y temeroso, no avanza: retrocede. Hace bromas que Elena cree que hace a costa de ella y entran en el terreno vago de las cosas de la vida en sociedad, las cuales son tan propias como ajenas: los estrenos en los cines de otros barrios, los precios de las carnes enlatadas y, como éstas, otros tipos de evasivas acerca de costumbres y consumo.

Rosales pregunta, en el tono que hubiera preguntado si el precio de las carnes enlatadas ha bajado o se ha expandido, si a los cines va sola o en alguna compañía, mientras ella ríe sin que la risa conteste aquella cosa o esta otra. En un tono más serio tras la risa, buscando ella que él la olvide en ese cambio brusco que va de la comedia a lo más grave, habla de sí misma como algo que no es recomendable para otros, ni puede ser tomado en serio por ahora, mientras le agrega a esa idea pesimista que tiene de sí misma unos modales ordinarios transmitidos en palabras que él oye disgustado, y en gestos impacientes que puede imaginar luego de haberlos conocido.

El Diario dice que ha sido Elena quien, un día, ha interrumpido las llamadas, y Rosales piensa que él podría retomarlas si llamara a su trabajo. Llama y le dicen que

la empresa no puede, abiertamente, tal como están las cosas en la empresa, no en la calle, darle datos sobre personal o proveedores, ni revelar asuntos de legajo y detalles filiatorios. No pueden decirle si la señora ha viajado en nombre del flamante directorio al extranjero, si ha tomado vacaciones atrasadas o han decidido su traslado al interior de la provincia.

La lluvia comienza a caer lentamente sobre el parque de Rosales, aunque en verdad no es una lluvia lenta sino vaga o en suspenso lo que cae, como si lloviera de abajo hacia arriba. Incluso es imprecisa a sus oídos que no oyen el ruido regular de las gotas que caen sobre el techo del galpón vecino formando, sobre las planchas acanaladas de metal, una película de líquido turbio que se arrastra por el plano inclinado con el estilo subrepticio de lo que se intenta hacer en silencio.

Es a través de la humedad en los vidrios que Rosales percibe el extraño fenómeno de una lluvia que parece artificial, filmada, un efecto visual de mundo humedecido que le recuerda las lluvias anteriores y le hacen imaginar esas lloviznas que no mojan. Pero descubre una gotera en el living a través del ruido regular que anuncia la presencia de lo externo adentro de la casa. Una gota gruesa cuelga del techo, cae sobre el piso y se distribuye en varias direcciones tras el impacto que ha sonado sobre el silencio general del interior. Rosales sigue a la inversa el recorrido y ve, en primer lugar, las baldosas rociadas en un radio de un metro, y luego la gota que otra vez se desprende, cae por una línea verti-

cal hacia el piso y, en el punto medio de esa recta, acelera la caída y se pierde de su vista.

Como la gota ha vencido la velocidad de su mirada, le parece que todavía no ha caído y allí está, nuevamente, colgada otra vez del cielo raso, distinta y repetida. La gotera viene de la lluvia sobre el parque, recortada de esa infinidad de gotas que caen y se introducen en la tierra, extraída de ese velo plano que ahora sí se incorpora a la imaginación de Rosales porque Rosales abandona el interior de su casa, camina sobre el césped raleado donde comienza a revivir la frondosidad rasa del suelo y entiende que eso que sucede en su imaginación también sucede en la naturaleza, bajo los potentes reflectores que lo iluminan en la noche.

En tren de atravesar la inmensa soledad que lo rodea, ahora que su hijo duerme y lo abandona una vez más a una vigilia de ebriedad y planes desmedidos e inconsultos, regresa como puede al interior y piensa en un encuentro que lo lleve junto a Elena de inmediato, en un remís que lo levante en la puerta de su casa y que, al cabo del viaje, no le cobre o le cobre con descuento. Ya en la casa, la luz intermitente de los rayos en la noche le dan forma a los muebles quietos en la oscuridad que se imprimen en la memoria de Rosales, quien avanza hacia ellos del modo en que el ciego recuerda su mundo anterior a la ceguera y advierte que los objetos podrían ser sus enemigos si su imaginación no los sitúa exactamente donde están.

Abre un cajón del escritorio, hacia donde lo han lle-

vado su tacto y su memoria, y revisa sus tarjetas personales. Un número telefónico lo lleva a otro, y éste a otro diferente, y él siente que se va acercando a algo con la satisfacción del cazador ante la presa acorralada; mientras piensa, si a esa operación exitista de la astucia se la puede llamar pensar, que ya ha obtenido algo cuando no tiene nada todavía.

La euforia invade a Rosales cuando una amiga de Elena le da el teléfono de un hotel en la montaña. Lo atiende un conserje con acento regional, de una región que no incluye el barrio ni el idioma de Rosales, y le dice que la señorita Elena, aún cuando él preguntó por la señora, ha salido después de medianoche y aún no ha regresado a su habitación en suite con cama doble. Vuelve a llamar a las tres de la mañana, a las tres y cuarto, a las cuatro menos diez y a las cuatro en punto. Las conversaciones con el hombre del hotel se repiten cada una de las veces que éste atiende; menos la última, porque un nuevo conserje ha tomado el mando en nuevo turno y Rosales utiliza las ventajas de ser ahora un hombre nuevo para pedir por Elena como se pide algo por primera vez.

Con el cambio de empleado han cambiado, también, las modalidades de atención a quienes llamen. El nuevo conserje que Rosales imagina acicalado, en contra de las costumbres de ese pueblo que amanece con suerte a las ocho u ocho y media, le pide que espere unos segundos. Al concluir la pausa, que son días o semanas en la impaciencia aguda de Rosales, una eternidad que acompaña la sonata eléctrica que se reproduce en el auricular, el conserje le responde en el tono de quien defiende la posición

de otro como propia, que un botones ha llamado varias veces, y no una, a la habitación solicitada sin obtener, de su interior, una respuesta inmediata o diferida tras la puerta. No agrega el empleado que, en el momento en que responde, ve la llave de Elena colgando solitaria de un tablero de madera, dando la idea equivocada de que es ella quien está y son los otros pasajeros los ausentes.

cinco

Rosales cruza la ciudad el último día del año y ve, a través del parabrisas de su auto, que acaba de secar con diarios viejos conforme aconsejan los que saben, la prisa de la gente que carga bolsas con bebidas, alimento y productos de pirotecnia, ocupada en los pormenores del festejo y temerosa de los viejos pleitos familiares que, sin duda, esta noche volverán.

Es una hora crítica para él, el momento en el que el silencio comienza a gobernar el interior de las casas, apenas interrumpido por ruidos punzantes de vajilla, el rumor de la ducha y las voces errantes de los ausentes reaparecidas en las conciencias de esa gente que beberá para olvidarlas y paliará más tarde sus excesos con algún digestivo efervescente, té de hierbas cordobesas o frutas frescas de estación.

El movimiento en las calles es una estampida de preguerra, y el Lancia de Rosales lo atraviesa con un aire indiferente. Está cruzando la ciudad de norte a sur en busca de una ruta que lo saque de allí y lo deje en algún sitio desconocido en ese instante en el que el comienzo y el final se encuentran sin que él sepa cuál de las dos cosas es peor, o cuál es una y cuál es otra.

El aire acondicionado del auto mitiga el calor del verano, y la música del interior contribuye a crear el clima privado que aleja a Rosales de los acontecimientos generales de la fecha. Hace sólo unos minutos controló el aceite del carter, midió la presión de las gomas, emparejándolas luego de haberlas encontrado desparejas, cargó combustible y se echó a andar a bordo de esta mole de hierro italiana que ya ha llegado a la primera rotonda rural y ha girado hacia la derecha, rumbo a la Patagonia.

Las vacas rumian y pacen a la vera del camino, o pacen y mugen; los pájaros, que para Rosales son todos chimangos porque es incapaz de distinguirlos por especie, salvo que deba distinguir entre aquellos animales que son pájaros y los que no lo son, atraviesan el cielo en líneas perpendiculares como haces negros que sus pequeños cuerpos dejan en el aire; las ruedas de los molinos de agua no giran; y las estaciones de servicio están cerradas, o cerrando en ese instante en el que el Lancia las pasa por alto como lo haría un vehículo impulsado por energía solar o viento a favor.

El sol tardará en caer unas dos horas, o tal vez menos, porque la máquina no avanza hacia al oeste, donde los

días son más largos y las mañanas más breves. Las sombras se vuelven largas, y Rosales mide a ojo sus extensiones: el doble, o el triple de los objetos que le dan cabida, entre ellos la cabeza de su hijo que ve recortarse sobre el tapiz de la luneta.

En el asiento del acompañante hay un vacío, y Rosales imagina la forma y la pose que tendría, si estuviera, el cuerpo ausente: las piernas macizas de Elena cruzadas de izquierda a derecha; la nariz de perfil pequeño pero recto; el pelo cayendo sobre las clavículas; la camisa desprendida que deja ver aquello que la suspensión del Lancia mueve como se mueve el flan cuando lo apoyan en la mesa.

Un camión de hacienda, sin hacienda pero impregnado de bosta en los costados, la bosta de un ganado que ha ido al matadero y no ha salido, saluda a Rosales con un juego de luces: primero las altas, luego las bajas, más tarde otra vez las altas. Es un código de camaradería en desuso que hoy se restituye porque, aunque sea el último día del año, el camionero que avanza en sentido contrario lo ha tomado como el primero del próximo.

Rosales contesta la deferencia con apuro pero confunde los comandos y enciende la luz de giro. Su correspondencia está impulsada por la buena voluntad pero es inadecuada, de modo que intenta repararla con una serie de bocinazos y un saludo manual que su corresponsal no advierte porque le está diciendo a la mujer sentada a su lado en la cabina, con el argumento indestructible del prejuicio, que el piloto del Lancia es desatento; y que, ya que está, le haga un matecito sin azúcar: unos verdes.

El hijo de Rosales ve en el horizonte la caída limpia y progresiva del sol, controla su descenso y, cada tanto, gira su cabeza hacia atrás porque ha advertido que en el cielo las cosas comenzarán a ser a ser cada vez más nítidas y claras cuanto más cerrada sea la noche. Además de esas operaciones de control, y de las canciones que canta a voz en cuello creyendo que es cantante, piensa en sus cosas: sus útiles escolares esparcidos sobre un mantel escocés, un remo de plástico abandonado a la intemperie, la nuca con rodete de su abuela materna, un muñeco articulado al que le falta un brazo y el glande de su perro que él no considera un órgano del cuerpo sino una enfermedad.

Rosales no puede acceder al interior del niño con sólo verlo en el espejo retrovisor, pero deduce la complejidad de su pensamiento del hecho simple de ver que hace silencio, y cree que ha heredado de él esa complejidad que surge de lo simple, como surge lo claro de lo oscuro, cuando todos saben ya que es un fenómeno común a cualquier hombre, o a cualquier niño, el de tener por un instante varias cosas en la mente, o ninguna.

El cielo distribuye ahora una serie de colores sin que ninguno prevalezca sobre otro. El velocímetro del Lancia marca sesenta millas. Rosales busca la calculadora, comprada en un todo por dos pesos a dos pesos con cincuenta, y traduce las millas a kilómetros. Eso con un ojo. Con el otro, comprueba en el tablero que la temperatura del motor ha subido algunas líneas. Detiene el auto y baja con su hijo al campo abierto de la pampa, donde los

ruidos discretos de lo inmenso son, en verdad, la evidencia de que puede encontrarse nada, o casi nada, en un paisaje. Se sientan sobre el piso y hablan, sin demasiado conocimiento, pero también sin el vigor que mantiene la charla entre ignorantes, de las constelaciones vibrando en la espesura de los cielos y las proporciones siderales del espacio respecto de las pequeñas proporciones de la cuadra y la casa en la que viven.

No vuelan pájaros ni insectos en la noche, no se oyen sonidos de animales ni onomatopeyas de peones que quieran emularlos. Están solos, unidos por el pacto azaroso de la filiación y el amor contradictorio que de él se desprende. En esas circunstancias, la ausencia de Elena brilla entre los dos porque ninguno se anima a referirla, como si un acuerdo que no detallan proscribiera su nombre a cambio de que permanezca de algún modo en la memoria de los dos.

El auto vuelve al camino tan desierto como antes. La gente ya no se traslada en este día; más bien ha recuperado, por esta noche, el sitio que le corresponde y ha vuelto a saber, cosa que la gente había olvidado, quién es quién para los otros. Atraviesan un pueblo que se levanta a los lados del asfalto, pasan por la avenida que es la continuación urbana de la ruta y ven en las ventanas el guiño de las luces en los árboles. Sobre algunos frentes hay líneas luminosas de diseños muy variados: figuras geométricas primarias, nombres propios, cabezas de renos, perfiles obesos de Papá Noel con su bolsa imaginaria de regalos. Hay personas de pie en los interiores, ni-

ños con bengalas en las veredas y, ahora que Rosales disminuyó la velocidad, apagó el aire acondicionado y bajó la ventanilla, se oyen voces que llaman a la mesa, encuentros de vecinos en la esquina y música en la radio.

Faltan diez minutos para la medianoche. Las luces altas del Lancia ocupan el ancho de la ruta y revelan el estado del piso al menos doscientos metros más allá de la parrilla. Rosales enciende la radio mientras su hijo duerme a lo largo en el asiento. Un locutor comienza una cuenta regresiva y pronuncia frases hechas inflamadas de optimismo y sabiduría sobre el carácter de quienes esperan de él su palabra. En el reloj de Rosales ahora son las veintitrés y cincuenta y tres del treinta y uno de diciembre. El pueblo que acaba de atravesar ya no es más que un horizonte corto por debajo de un reflejo cada vez más opaco que aparece, doble, en los espejos de las puertas.

A las veintitrés y cincuenta y ocho se detiene otra vez al costado de la ruta, sube la manija del freno de mano y enciende las balizas. De una heladera portátil saca una botella de champagne, una lata de gaseosa, dos vasos de plástico y una bandeja con sándwiches de miga triples de jamón cocido y queso envueltos en una servilleta de algodón humedecida, tal como se ven en la trastienda de los lunchs. Despierta a su hijo con besos suaves en la cara que el niño intenta, sin técnica y entorpecido por el sueño, rechazar con los actos reflejos de violencia con que los niños defienden su placer de las molestias. Rosales alza su vaso y le dice a su hijo que tenga un feliz Año Nuevo; le dice varias veces que lo ama y, tras la declara-

ción que el niño no toma en serio como todo lo que se le reitera, piensa qué cosas ha tenido y qué le falta y al contar, primero las primeras, segundo las segundas, recuerda, en resumen, un brindis junto a Elena frente al puerto de Valparaíso.

Recuerda el rostro de Elena en Chile, allende el candelabro que ilumina cuatro manos con su luz ondulante; las estrellas muertas ya en el universo, y vivas para quien las mire en la noche del Pacífico o desconozca lo elemental de los astros a lo lejos; el mozo argentino que los trata de che y atestigua el chin-chin para que ambos sean felices esa noche y todas las demás; el tiramisu empalagoso y la cuenta inolvidable: ochenta pesos por cabeza más propina.

Al cabo de la cena, caminan cuesta abajo por calles de piedras, en cuyas juntas Elena quiebra un taco rumbo a un hotel llamado Brigthon, una antigua casa victoriana con terraza al mar y problemas de presión en el circuito de agua. Encienden las luces tenues de la habitación que apenas aclaran los dibujos del empapelado, y se besan en la cama unos minutos hasta que Rosales, que en el recuerdo mezcla varios episodios para no recuperar ninguno, le suministra a Elena lo que ella le ha pedido con la palabra que deja escapar de su boca hacia el oído de Rosales:

–Lechita.

El brindis con su hijo sucede en ese instante que convierte un año en otro. Suben al auto y continúan la marcha, complacidos del baño suave y envolvente de la luz nocturna que da sobre los campos y el frente pulido del

Lancia. La luz que ilumina los controles del tablero es de un color que Rosales no alcanza a distinguir, o de lo que sólo distingue la cosa sin el nombre, pero que lo tranquiliza aunque tenga que mirarlo todo el tiempo, como mira el monograma en el centro del volante cosido a mano por artesanos milaneses.

Algo comienza a fallar. Rosales mira alrededor, buscando una causa externa, y descubre debajo de la guantera un hilo de humo que desaparece en la oscuridad de la cabina y, con él, un aroma a plásticos que han comenzado a quemarse fuera de su vista. Frena sin violencia, baja a su hijo de un brazo, lo aleja del auto y decide revisar el motor. Abre el capot y ve surgir el fuego en una lengua más ancha que alta y una columna de humo negro que lo continúa varios metros hacia arriba. El resplandor llega hasta la copa de unos árboles cercanos que, hasta hace un instante, eran apenas una sombra temblorosa y ahora se muestran a la altura de la complejidad que les ha dado la botánica, con sus hojas, sus cortezas y sus ramas, productos de la tierra y de los años.

Rosales se aleja junto a su hijo más allá de un canal angosto que involuntariamente constata introduciendo en él una de sus zapatillas media caña. Las llamas crecen a lo alto, por encima de la altura del auto, y se esparcen en líneas rectas por el motor siguiendo los regueros de combustible, el circuito eléctrico y otras estructuras que sólo los mecánicos conocen. Los hierros calientes producen vibraciones desconocidas que enrarecen el silencio natural que mejor se adecua a lo nocturno; y las juntas

de los conductos de aluminio, de goma o de plástico, ceden al calor y dejan caer al piso pequeñas bolas de fuego azul similares a las cerezas servidas al rhum.

Rosales espera una explosión, un instante definitivo a partir del cual pueda ver, por fin, que de ese auto no queda nada; pero el instante no llega y se prolonga como vacío en su deseo interminable de exterminio. Su hijo mira extasiado el incendio creyendo, tal vez, que el espectáculo forma parte de un programa recreativo que su padre ha elaborado para él, aunque el auto ha perdido ya su forma bajo el incendio y comienzan a desprenderse de él esquirlas que caen a sus lados. El interior ha sido abrasado con los cuentos ilustrados del niño, su pelota de fútbol, su ropa deportiva y una foto de su madre junto a él que habría de rescatar si no fuera porque reconoce los principios del peligro y la fragilidad de su cuerpo diminuto.

Sin que lo advierta, Rosales contempla al niño y a la hoguera en un movimiento imperceptible de sus ojos, donde la hoguera es reproducida a pequeña escala como una miniatura. Revienta una goma trasera y el auto se inclina hacia un costado; luego revienta otra y así todas, en una sucesión de salvas que le traen recuerdos de desfiles militares y de bromas que todavía hace con bolsas de plástico infladas con su propio aire a espaldas de los distraídos. Los olores envenenados de la combustión llegan hasta ellos en bocanadas espesas, lo que los obliga a retirarse un poco más y ver cómo la desgracia se hace más pequeña cuanto más se alejan.

Esa cocción lenta, esa paciencia del fuego destruyendo los materiales de su auto, quitándole el brillo a los detalles niquelados e inflamando la pintura en hongos, le dan a Rosales una satisfacción de hecho consumado. Piensa que en pocos minutos el incendio habrá de terminar dejando tras de sí, y de lo que Rosales padre e hijo observan, cada cual a su manera, una masa informe de materia retorcida que no podrá dar cuenta del objeto de lujo que fue, de su terminación artesanal en los talleres suburbanos de Milán, ni de su movilidad anterior. Un flujo de oxígeno viaja veloz como la pólvora encendida y traslada una chispa hacia el tanque de nafta del Lancia que vuela en pedazos por el aire puro de la pampa.

La explosión asusta al niño, Rosales lo abraza y lloran uno encima del otro. Son dos cuerpos enredados frente a una experiencia común de desgracia, de modo que no se hablan, apenas se apañan físicamente entre sí, se acarician de un modo delicado, reconociendo en el cuerpo del otro una parte de sí mismos. Recién después de correr sus lágrimas hacia las sienes con el revés de una mano que ahora huele a nafta súper, y aclarar la voz con un carraspeo que da por finalizado el llanto aunque persista, Rosales se prepara para hablar pero no dice nada.

VI

seis

En el reservado de El Francés le dicen a Rosales que Elena maneja. El murmullo del bar, y la suma de ruidos que los habitués identifican más por hábito de sus oídos que de su conciencia, se desprenden de uno en uno como si fueran sucesivos, y más tarde se reúnen en un plano hostil de superposiciones, donde se anulan como si alguno de ellos no existiera o fuera ese silbido de altísima frecuencia que escuchan sólo las bestias obedientes al mandato de los hombres.

Del modo en que podrían describirse esos sonidos luego de escucharlos, Rosales los enumera mentalmente en base a sus recuerdos de parroquiano, hoy atento a una cosa cuando ayer lo estaba a otras: los golpes de las tazas sobre la bandeja de acero, la orden de un mozo a la barra, el silbido de vapor de la cafetera exprés y los comentarios de

los comensales que pronuncian de corrido el plato del día como si al hacerlo sin pausa ya comieran: peceto de ternera al horno con papas bebida y postre vigilante o café.

Aunque el concierto cotidiano de El Francés no le impide a Rosales escuchar lo que le dicen, lo utiliza de excusa para que aquel que ha dicho aquello que ha escuchado lo repita. Le dicen: Elena maneja. Maneja un auto pequeño de mil trescientos centímetros cúbicos de cilindrada, blanco, beige o amarillo, porque en la noche las cosas son oscuras o son claras, con una línea negra a los costados, tres puertas y calcomanías adheridas a los ángulos de la luneta, entre las que el informante ha distinguido las de un cráneo diabólico y unas marcas de moda, según dice quien sabe que Elena maneja porque la vio salir, como si fuera hoy, de un estacionamiento en la avenida.

Rosales recibe del comentarista, además de la información que lo lastima desde el vamos, la crueldad de los detalles que no puede rechazar porque, sea como fuere, surjan del amor a la verdad o de quien miente, siente que Elena se reintegra al mundo luego de haberlo abandonado por un tiempo. Las pausas capciosas de quien habla, su modo de mirarlo fijo hurgando en lo débil de su estado, los diminutivos que se alargan en las vocales más cerradas como si no quisiera abandonarlos, hacen que Rosales encuentre, como no lo encuentran sus amigos de El Francés por no ser él, el horror en lo banal de esas palabras que no dirían nada si él no las oyese.

A Elena la ven salir del garaje de la avenida, el subterráneo, como el topo que escapa hacia afuera desde

adentro y recibe, de soslayo, la mirada del que caza o de otros topos ya escapados. No ha salido ella dos veces, sino que dos veces lo ha dicho el mensajero. Los pormenores ominosos de quien habla se inscriben en la memoria de Rosales unos minutos más tarde de que la voz, satisfecha, se haya perdido en el rumor de otras voces que la callan. Primero es un relato vago lo que oye, una noticia sin acción o sin sujeto, y luego es un golpe en su conciencia que la vuelve, a la amada, una extraña.

El mensajero o informante, que sacude las penas de Rosales sabiendo a ciencia cierta que lo hace, repite los detalles tal vez para que entiendan, todos los que están y cada uno, por qué razón se mata al mensajero. Pero aun cuando sepa que lo que acaba de escuchar hace segundos será divulgado de inmediato en la ciudad apenas se levante de la mesa, no ve la evidencia de un engaño, no piensa que Elena lo traiciona ni que inicia, por su cuenta, lo que algunos llaman nueva vida o vida buena; más bien lo cataloga como un acto inocente que le dice que Elena no ha cambiado: maneja, solamente.

Cuando se levante y se vaya, los muchachos de El Francés dirán, una vez más, entre risas, que hay bestias en el interior de las mujeres: hay perras con sarna, yeguas en celo y serpientes enroscadas, y hay vacas viejas cuando pasan los cuarenta. Por eso prefiere que eso pase cuanto antes, e intenta irse mas no puede: se detiene en el recuerdo que señala lo inocente que es Elena, el instante del pasado en el que el cuerpo impide que ella mienta cuando miente y su nariz oscila mientras se abre, como si el cuer-

po se negara a sostener lo que intenta sostener con la palabra; como si la nariz que oscila dijera que maneja mientras ella, con palabras, dijera que camina.

Maneja, en el recuerdo del verdugo o informante, del estacionamiento hasta la senda peatonal, y de la senda hasta la plaza de los héroes donde vuelve a detenerse y trasladarse al asiento del acompañante, rozando la palanca de los cambios con el hueco que separa su carne abundante y moldeada en mitades similares, la del orto, de la manera en que se limpia con cuidado una ranura; y el informante ve allí al hombre, que parece presentarse como macho de la casa, tomar el mando del vehículo, besarla suavemente y llevarla junto a él en dirección a la zona de albergues transitorios que los viejos mozos de El Francés llaman mueble, telo, bulo o amoblado, según quién sea el que lo diga.

Informa el narrador de la jornada que se pierden en la noche, alejándose de a poco las luces traseras de ese auto, mientras él se distrae con niñas escolares que van por la vereda a paso firme y, en la firmeza de ese paso, levantan las tablas de sus polleras escocesas. Es un informe que se desliza en el ambiente alerta de El Francés como una voz sabia y esperada, incluso por aquel que la padece. Por lo cual la muchachada, respetuosa, hace silencio y se interrumpen los rumores en la sala.

Rosales comienza a contar una historia mientras piensa en otra. Habla de amor apenas el murmullo de inquietud que el comentario ha despertado en sus amigos se apaga de una vez por todas. Dice que ha sucedido en

la última semana, ayer nomás, cuando en verdad recuerda la escena inicial, o principal, de sus días con Elena. Ellos caminan por las calles internas del cementerio del Estado, donde los pasos que atraviesan los nichos descuidados son la fuerza que los va acercando, aunque de afuera se vea que dos líneas paralelas los lleva separados a un mismo sitio.

Es invierno, hablan, y con cada frase se desprende un hálito frondoso de sus bocas, un resto térmico de sus cuerpos que el frío y la luz débil de la tarde ponen en su lugar, suprimiéndolo de golpe pero dejando en el aire cierta idea: la idea de que echan humo, de que un calor contrario a la frialdad del mundo ha comenzado a funcionar entre ellos. Se detienen ante la bóveda de una familia italiana y leen los epitafios inscriptos en placas de bronce donde hay un diálogo de sordos entre el muerto y su viuda, una conversación fija, un eco continuo recortado en la materia contra el que sólo la herrumbre del metal puede conspirar a medias, como también a medias habría forma de paliar la herrumbre si las autoridades proveyeran al personal de cementerios de un limpiador de metales tipo Brasso, o le pagara, simplemente, la plata que le debe.

Esas son las cosas que llaman la atención de Elena y Rosales, receptivos como todo enamorado a la palabra impresa y la tragedia, hasta que más allá de las tumbas, en torno al grifo donde lavan los floreros, un grupo de hombres bajos y sin dientes, ases del sarcasmo y el chiste negro más directo, los descubren mientras son, aunque no lo sepan, descubiertos.

Elena y Rosales han estado hablando de ellos, han ido buscando esos puntos en común que, aunque ellos se crean especiales, cualquier hombre podría tener con una mujer cualquiera en circunstancias similares, donde aparezca la necesidad de unión de dos personas diferentes que creen ser iguales entre sí al no poder creer que el mundo siempre es desparejo.

Es cierto que hay algunas coincidencias entre ellos, pero cuando no las hay se dedican a adaptar los desencuentros, o cambian la naturaleza de ideas y opiniones hasta que la comunión vuelva a surgir, a su entender, en forma espontánea. Evalúan sus estilos, ajustan a su conveniencia un cierto quién es quién para dejar establecido, nadie sabe por qué ni con qué fin, que han nacido el uno para el otro, incurriendo en un error que no les compete advertir por el momento, urgidos de buscar la mejor forma de abordarse en un plano en el que sobren las palabras.

Recorren los caminos angostos y sus construcciones bajas, de una escala similar a la que podría tener una ciudad de hombres agachados y ven, hacia uno y otro lado, cada uno hacia el lado que podría considerarse suyo, las cruces de mármol en segundos planos, y un haz apagado de luz natural dando sobre las bóvedas cuyos habitantes no han sido olvidados todavía.

En la opacidad del cementerio se instala el deseo entre Elena y Rosales con la forma que presenta cuando surge de golpe: algo que viene del exterior, o del extranjero. Se detienen, se miran, se acercan, se tocan y allí quedan

calentándose las manos en la tarde helada, extrayendo calor de las zonas manoseadas, hasta que se alejan hundiéndose en los materiales duros de las construcciones, hacia el chalecito que les ha prestado el licenciado Ríos para que hagan lo que tengan que hacer cuando ellos lo dispongan.

La amnesia destroza con sus intervenciones los recuerdos de Rosales que ya no volverán a tener esa forma nunca más, y le deja la mente en blanco allí donde creía que había algo. Piensa cosas de Elena que la borran tal cual era y la traen a su lado, acaso como es: haciendo un té para alguien que no es él, de espaldas a la ventana empañada por los vapores que salen de una pava inoxidable; o montada como el dedal se monta al dedo sobre un pivote famoso de la NBA procesado por tenencia de armas y de drogas; o alzando su voz aguda con reproches, dulces reproches al hombre amado, en un lenguaje que Rosales no comprende porque ahora no es a él a quien refiere.

Elena se ha ido momentáneamente de su recuerdo, aunque algo en él establece la preferencia de no olvidarla nunca, incluso a cambio del precio mas caro: el del dolor permanente, continuo, incesante, que se afinca en los objetos y en los sonidos habituales de la casa, el reservado de El Francés donde Rosales por fin saluda y se va, y las calles de la ciudad que, como todo desde que Elena no aparece, son los elementos de un mundo del que Rosales no perdería nada si desapareciera tras Elena.

Pero tal vez las cosas no sean como él piensa, y el re-

cuerdo sólo pudiera funcionar si es inducido por una vigorosa voluntad de recordar. Así es que sale de El Francés con la idea de abandonarse a los asuntos ordinarios de la vida. Camina hacia su casa a esa hora de la tarde en que todo parece detenerse o moverse con la inercia del día ya apagado. Se detiene en la puerta, saluda sin efusión a los vecinos que lo miran y en el interior lo captura nuevamente la idea fija que lo arrastra hacia el placard del altillo de donde baja, y de inmediato devuelve a su lugar, cartas, fotos y regalos que durante unos segundos acumula sobre el piso como si fueran, acumulados, un bloque de materia uniforme, el resultado imaginario de una suma de estilos, precios y formas que parecen hablarle, en suma, de una presencia de Elena que sólo en cierto sentido no es falsa: en un sentido figurado.

Hay un globo terráqueo con luz en su interior; el ojo de buey de un pesquero hundido, con el vidrio quebrado por la presión submarina o la inepcia de un cadete de compraventa; un abrecartas con mango de bronce, lapiceras de pluma, frascos vacíos de perfumes. Son recuerdos materiales sobre los que no quiere indagar, de modo que se viste con las ropas deportivas de moda, las que usa el campeón del mundo, Boca Juniors, y sale a correr al circuito de salud.

La bruma de la noche filtra la luz que cae de las columnas de mercurio, y hacia esos conos claros va Rosales al trote sintiéndose atraído, del mismo modo en que va hacia los rincones más sombríos cuando permanece en casa. Da una vuelta al perímetro del parque y se acuesta

boca arriba sobre el césped raleado por la helada. Ha decidido quemar las grasas que le sobran a su cuerpo y por lo tanto cuenta sin errores los ejercicios que le han recomendado: cincuenta y seis, cincuenta y siete, cincuenta y ocho. De regreso a su casa toma los clasificados del periódico, se detiene en el rubro cincuenta y nueve e intenta descifrar los textos abreviados de la oferta sexual y las actividades especiales que proponen aquellos que se publican destacados.

Los avisos, que se suceden de arriba hacia abajo aunque la mirada de Rosales entre haciendo caso omiso de las leyes de lectura, anuncian tratos preferentes en un idioma de eufemismo que, él cree, ha sido construido para hablarle en clave sin que lo sepan sus vecinos o su madre. Allí, un grupo de amazonas que no tienen patronímicos sino los nombres clásicos que el proxeneta otorga a meretrices, le dicen a coro que lo bañan y lo enjuagan a Rosales o a quien pague, que lo encierran y lo atan, que le pegan y lo curan con curitas, y le maman la mema al bebote por un adicional de doce pesos.

Pero Rosales, a quien sólo le interesa conseguir una mujer que se parezca a Elena, llama a una agencia y describe los hábitos y las formas de su amada, o lo que ha quedado de ella en su recuerdo. A las dos horas, demandante y ofrecida cenan en un restaurante del puerto una trucha del sur a la parrilla, ordenan chardonnay de una bodega centenaria a cero grado y conversan sobre cosas personales sin que puedan encontrar, en ellas, coincidencias.

A lo lejos se ven las cubiertas iluminadas de los buques

mercantes, los trabajos nocturnos de aseo, la tristeza que irradia la tripulación, con sus gorros de lana apelmazada y sus anclas tatuadas en los antebrazos al modo de Popeye, el marino. El ambiente del salón es una suma de música instrumental, inciensos de Asia y murmullos de ejecutivos. Pero la mujer que acompaña a Rosales, y que para la agencia que la entrega con porcentaje en las ganancias es la licenciada Cúper, permanece ajena a ese clima que no le es propio aunque sea suyo en esta noche.

Se lanza a hablar sin orden sobre asuntos que no incluyen el pasado ni el futuro y cae, acaso por cansancio, en el tema del que todo el mundo habla cuando siente que no lo están oyendo: el asesinato del político hace diez meses, y la vida misteriosa de la viuda que sostiene su memoria. Pero Rosales la interrumpe, pide la cuenta y caminan por el margen del río para luego descansar en un banco de madera sobre el que se han escrito varios mensajes de amor y uno de despecho:

"Roberto: los dos sabemos muy bien que sos puto. Charly".

Los labios fríos de Rosales y de la licenciada Cúper se rozan sin contactos impetuosos, buscando la mejor manera de ocultarle al cuerpo que el contacto es entre ellos y no de cada cual con el pasado que no olvidan. Sin embargo es cada vez más profundo y entusiasta, aun cuando en pocos segundo Rosales advierta que esa lengua delgada y larga que se mete en su boca no es la de Elena, porque la de Elena es más plana, más ancha y más corta.

El comercio de saliva es sostenido y agradable: una

mezcla de restos del menú que acaban de cenar, el sabor a yerba mate omnipresente en mujeres como ella y un salame casero que Rosales viene picando hace unos días a espaldas de su hijo. La licenciada tantea con su lengua tan extensa la dentadura descuidada de Rosales, el paladar y las encías, y un hilo grueso de espuma de saliva cae en línea recta a la barbilla de su hombre, quien la traga sin catarla, a lo bruto: a lo pavote. La licenciada apoya su cuerpo sobre el cuerpo del cliente, recostado sobre unas barandas de metal que dan al río, y lo mueve hacia uno y otro lado, se menea, le restrega su arandela en la bragueta, le trabaja el bulto a su papito.

En el hotel se desnudan y observan, con el interés del curioso ante lo extraño, los fragmentos de cuerpo descubierto. La licenciada se echa encima de Rosales en otra manifestación de su única estrategia, y se deja tomar de las partes más firmes de su cuerpo, incita al hombre que le paga a que la inmovilice abierta y deslice alguno de sus dedos, si es posible el más grande de todos los que tenga, dentro del pozo posterior que así, rapado, produce guiños de ansiedad como el conquistador guiña su ojo ante la dama en la milonga, o ante el rival más áspero en la timba.

VII

siete

Una melodía repetida colma la paciencia de Rosales. Es un hilo monótono y continuo, sin espacios de silencio que difieran ese ruido de un instante a otro; un coro de sirenas que altera su propósito de encontrar paz interior y bienestar en esa masa de nervios que es su cuerpo echado boca arriba sobre la cama de dos plazas, inmóvil si se considera que no es un movimiento de la carne un pestañeo o un suspiro.

El sonido llega de la habitación de al lado, donde el niño enfrenta disputas marciales, ordenando ataques asesinos con los comandos transpirados de su videogame. La introducción musical al juego, con su fondo bullicioso de opereta y sus onomatopeyas de golpe dado o recibido, sean cachetazos de revés en la nuca rapada de los héroes, patadas puntuales en el pie de apoyo o llaves de inmovi-

lización, ya funciona para Rosales como el malestar futuro en el que se imagina recordando estos sonidos técnicos, sin estilo ni relieve musical, que serán para él referencias a un pasado donde halló lo absoluto del dolor.

El sonido remeda ecos de países remotos, y en la memoria televisiva de Rosales aparecen perfiles de dragones gigantescos, pekineses cruzando raudos una plaza como si fueran chinos a pila, y una fuente de arroz triple cero sin condimentar. Es una música que reincide y se introduce en su memoria con una forma precaria, y por lo tanto memorable, que fija su breve concierto sobre las escenas de esa guerra trascendental de uno contra uno.

El hijo de Rosales aprieta los botones del control de plástico con forma de medialuna sobre el que descansan, cansados, sus ojos claros. En la pantalla se enfrentan, cara a cara, Wang y Lee. Las piruetas de los guerreros son, a una vez, coreografías acartonadas y artilugios más o menos ortodoxos de defensa y ataque. Se patean la cabeza con los movimientos del goleador que conecta un centro de volea, estudian en las pausas el estilo seriado de los cuerpos que se interceptan entre sí, se lanzan hacia el otro como si fueran un arma y revisan sus estrategias, modificándolas si es que el chip que las concibe lo permite.

Esa lucha de titanes es, en realidad, una nueva lucha entre el hombre y la máquina: la de una inteligencia infantil, personal y espontánea, contra una cantidad de cerebros pacientes y estudiosos que han planificado ya hace tiempo en sus oficinas de Hong Kong, Tokio o Nagasaki,

dado que para Rosales lo japonés es lo mismo que lo chino, este instante que supera ahora las precauciones de su hijo y lo derrotan.

Pero suena el teléfono y Rosales demora unos segundos en atenderlo, pendiente de esa música que ahora suena mejor como todo aquello que logra interrumpirse. Descuelga: un pariente necesita sangre del grupo cero, erre hache negativo, que deberá llegar por la mañana a un hospital de pueblo. Los detalles clínicos y los quirúrgicos, llegan a la inteligencia de Rosales y son rechazados de inmediato, mientras piensa cómo obtener, de personas influyentes, los favores de la dirección de hemoterapia provincial.

Le pide prestado el Lancia rojo a Convertini, su amigo millonario que no para en El Francés, y carga en el baúl una heladera portátil con sangre que no se anima a ver porque cuando ve sangre de golpe se desmaya. Son tres pequeñas bolsas plásticas, envueltas en medio metro de un caño de goma fino y flexible por donde el líquido va y viene trasladando, en cada ondulación del auto sobre la ruta, un resto de aire que es un vacío transparente entre los rojos.

Rosales no puede asegurar que, en el paisaje quieto de la pampa, las vacas se muevan en alguna dirección. Para hacerlo, tendría que inspirarse en un punto de vista que no es el de él, quien atraviesa velozmente los campos sembrados buscando en los espejos retrovisores de las puertas las imágenes que deja el recorrido: por un lado, las rayas

que aparecen en el espejo izquierdo, una sucesión de flejes largos que la velocidad convierte en flejes cortos; y por el otro, una línea continua que recorre la banquina sin interrupciones, al menos hasta llegar a la rotonda donde habrá de prolongar su marcha hacia el noroeste luego de haber abandonado, por distracción o cansancio, ese ejercicio de observar efectos diferentes de un mismo fenómeno.

El sol cae sobre el horizonte hacia el que avanza Rosales, a quien la razón le dice, gracias a los argumentos divulgados por la ciencia en los manuales escolares, que lo que cae es una bola, aun cuando su percepción le diga que es un círculo. Los efectos de esa luz sobre su cuerpo son extraños porque la luz no es neutra, no deja las cosas como están, y hace de Rosales otro tipo, dado que el color del astro varía en la caída y Rosales, que es morocho como el padre, parece un rubio de otra raza.

La luz ya no desciende sobre el campo como ocurrió al mediodía, suprimiendo las sombras y dejando una sensación de verdad sobre las cosas, como si no mediaran diferencias entre ellas y lo que de ellas puede verse. Ahora todas las cosas del mundo tienen su lado oscuro y una sombra que se prolonga al ras del piso irregular de los sembrados. Es una luz que, una vez que la caída del sol se precipita, comienza a dar sobre los ojos de Rosales de abajo hacia arriba, castiga el interior de sus pestañas y lo obliga a parpadear. Hasta que el círculo desaparece, como todos los días, bajo el horizonte y deja, como prueba de que ha estado allí, una estela luminosa que acompaña, sólo en parte, la curva sin fin del planeta, un brillo que se

aleja de la superficie y en ese repliegue ya no la ilumina aunque en cada cosa haya dejado el recuerdo de su luz.

Llega al hospital en medio de la noche, abre el baúl y baja la heladera en cuyo interior están los cubos de hielo golpeándose entre sí, produciendo el mismo sonido apagado que cuando giran con violencia en la coctelera de El Francés o en los vasos anchos en los que Rosales toma sus bebidas blancas. De la playa de estacionamiento del hospital, donde ha quedado el auto con las balizas encendidas, hasta la recepción, hay un parque iluminado que Rosales atraviesa siguiendo un camino de piedras planas. Sus botas irrumpen en medio del silencio y las respiraciones discretas de los convalecientes y los moribundos que, para quien las oiga, podrían ser de unos o de otros, sin nada en especial que pueda distinguirlas. El personal de guardia recibe las bolsas y las llevan a una heladera donde los introducen con manos negligentes y veloces, en contra del cuidado que Rosales se ha tomado al trasladarlas.

Unas nubes negras de tormenta se alzan en la madrugada del regreso, pero no habrá tormenta al alba, sino una amenaza que altera el sueño de los campesinos que unen su suerte a la de la naturaleza. Rosales ve delante de esas nubes, a un costado del camino, una estructura de hierro sobre la que se construye un tinglado siguiendo una línea imaginaria que es oblicua en relación a la trazada por la ruta. Es un armazón imponente que la distancia reproduce como maqueta, con una variedad de ángulos que se recortan contra la oscuridad del cielo, y

desde donde surge un destello cegador que no es una de esas maravillas que se desprenden de la confusión de la tormenta, sino una soldadora autógena que manipula un peón sentado en las alturas, como estaba la paloma blanca en un verde limón, y que Rosales desea ver desplomarse.

El traslado hasta el hospital no ha cambiado las cosas; no lo ha hecho reflexionar a Rosales sobre la vida o la muerte, ni el estado de las rutas argentinas. Como si no se hubiera vinculado con el mundo en este viaje, o ese vínculo no pudiera instalarse en su memoria como parte de un fenómeno acaecido, sigue pensando que él es una cosa y su memoria otra, igual que un hombre que tuviera dos cabezas o una cabeza que tuviera doble cuerpo.

Desprolijo y anticuado en su vestuario, lo conserva como parte de un pasado que se ha ido con Elena, como un soldado que conserva la guerra en su uniforme que su madre lava y guarda apenas la guerra se termina. Sin apego a las rutinas saludables, regresa a su casa de ese viaje de emergencia y, en vez de alimentarse o sacarse la mugre de dos días, revisa los rincones, revuelve los cajones de sus muebles, rastrilla los espacios más secretos y da con las cajas de un desván donde las cosas se han ido arrumbando con el tiempo y encontrando su sentido más profundo.

Del mismo modo con que intenta sacar de las mentiras de El Francés las verdades que esas mentiras ocultan sobre Elena, prueba detectar en los objetos de un pasado común con la mujer perdida los malos augurios de

un futuro que acaba de llegar. En la lectura entre líneas de las cartas, en los obsequios que le ha hecho y en una serie de videos familiares que no se anima a mirar, aunque ya se animará algún día, Rosales cree ver premoniciones de días tristes como el que le ha tocado hoy. Pero las cartas ajadas, oscurecidas en sus vértices, como se oscurecen al ser bañadas por la luz o por las sombras de un interior húmedo, no señalan cifras sabias, ni calamidades del futuro.

El silencio que rodea los momentos reflexivos de Rosales le da una importancia extraordinaria a los sonidos cotidianos de la casa y resaltan el recuerdo de aquellos que Elena producía como una sinfonía personal ejecutada a diario. Son los ruidos que han surgido de los actos habituales que ha tenido en esa casa, de sus intrusiones en la vida de Rosales; algo que, si se los describieran, él reconocería de inmediato como una ecuación que consiste en sumar de manera imaginaria todos los ruidos de la casa, y restarles aquellos que Elena hubiera producido.

En el reloj pulsera de Rosales, que abraza la muñeca de su brazo diestro, son las siete de la tarde: *o' clock*. Sale de su casa hacia el trabajo de Elena que Elena, habitualmente, abandona a las seis o seis y media y en el que queda una persona en recepción, y otra del servicio de maestranza que los empleados de la tarde llaman hombre-radio.

Rosales oye primero una música que avanza en los pasillos tabicados y luego ve al hombre en un extremo, persiguiendo las ondas que el aparato portátil difunde por el aire. Apenas ve a Rosales le comenta que la señora hoy

se ha ido más temprano, ansioso de aclarar la situación que, por lo tanto, parece que encubriera. Tiene un bolsillo del guardapolvo vencido por el peso de la radio que propala la voz del locutor que anuncia que ya son las veinte horas en toda la República y parte de la Antártida, pero la voz con que lo dice se ha perdido porque el hombre giró su cuerpo hacia Rosales, dislocando con el giro la frecuencia que captaba con su antena interna, y llenando el silencio de la voz que se ha esfumado con una charla que fuerza a mantener con el fin de suspender por un momento su tarea menos grata: la de limpiar los restos de materia que tantos caballeros han dejado, sea por vía anal, las narices o el meato, en los sanitarios relucientes de la empresa.

Antes de que el hombre comience sus labores obligadas, Rosales pasa al baño sin la idea de evacuar con urgencia algo de sí. Va a buscar información cautiva sobre Elena en azulejos, puertas o las tapas quebradas de inodoros. Las inscripciones que observa han sido hechas con distintos instrumentos y en ninguna, sea de tinta negra sobre el azulejo blanco, o incisión que corta la madera de las puertas, se ven palabras claras que aludan a la amada de Rosales, lo que no quita que Rosales aluda por su cuenta, al ver las letras desparejas de los dichos, al hombre anónimo cuya reserva le impide escribir el nombre de mujeres en un baño:

–La minita del que mira se tragó mi tararira.

A la mañana siguiente Rosales recuerda las palabras en la puerta del baño y las ilustraciones que le hicieran

compañía, menos familiares a la imaginación de un hombre oculto que a un cuerpo conocido por su cuerpo. Es un día nublado que se filtra por las hendijas de las persianas y entra al cuarto dando sobre la pared un dibujo ordinario de líneas paralelas. Pero no es normal para la época ese calor que invade el aire en el parque de Rosales y queda suspendido como materia desplegada en las alturas, donde una escuadra de pájaros silvestres vuela en recorridos rasantes, atontada por la presión de la atmósfera pesada.

Las pantuflas escocesas de Rosales, con él adentro, se han detenido sobre el césped del parque, donde habrán de quedar, cuando se vaya, las marcas ovaladas de las suelas que el pasto humedece a cada paso. Está mirando en dirección a la pileta en la que abunda agua podrida, donde algo puntual sobre la superficie oscurecida por el musgo llama su atención que busca encontrar en ese caldo alguna forma.

Vibraciones en círculos concéntricos surgen del movimiento que Rosales ve de unas ranas con las patas extendidas, en la posición en que los chefs las clavan y las arrojan al aceite rebozadas con huevo de gallina y pan rallado. Se mueven aún más en varias direcciones cuando la sombra de Rosales cae sobre ellas, en una comunión desesperada que no las lleva a enfrentarse en masa a los peligros, sino a evitarse para no ser un blanco sino muchos

Rosales se acerca un poco más y ve a dos montadas sobre otra. Corta una rama de un árbol y levanta del agua al trío atenazado y parpadeante y lo arroja hacia afuera

para ver si en otro ámbito las cosas son las mismas. Lo que ve es que una está muerta e hinchada como esponja por el agua. Intenta separar los cuerpos para que de los tres queden dos o quede uno, pero las patas nerviosas de las ranas no pueden deshacerse del nudo que han formado, ni Rosales separar las vivas de aquella que está muerta. Con la rama del árbol mueve los cuerpos que ruedan, uno sobre el otro, como la rueda humana de un circo y ve que esa cadena de carne humedecida seguirá girando, sin cortarse, mientras él la haga girar.

VIII

ocho

Se han ido armando pares de interlocutores en El Francés, menos por afinidad electiva que por la posición de los muchachos alrededor de tres mesas alineadas en el reservado. Pero si no es la afinidad lo que los acerca, tampoco lo es del todo la proximidad física y el roce, esas fricciones casuales de los cuerpos que en las reuniones convierten a los extraños en viejos conocidos

Hay, en realidad, un intercambio que surge del clima incidental de la reunión, como si las voces que se alzan en el salón y los golpes de pocillos en los platos, más agudos cuanto menos llenos, impusieran el ritmo de sus charlas que se cruzan en líneas rectas al modo de los vínculos de un truco de seis y suenan, a los oídos de los parroquianos de la barra, como una molestia informe y discontinua a la que, sin embargo, toleran porque les resulta familiar.

Por encima del ruido, Hernández realiza un comentario que hubiera realizado antes, tal vez la semana anterior, si no fuera porque es el más tímido del grupo, y también porque para incorporarse a las charlas de El Francés hay que hacerlo con una decisión que Hernández nunca tuvo, ingresando en un instante de silencio sobre un hueco de duda de los otros.

Esta vez el silencio se ha prolongado de tal modo, ha cesado tan de golpe esa red despareja de lenguaje que Hernández, quien nunca habla ni en la casa, se hace eco del vacío que le es propio y le es ajeno, y dice que ha pensado en la suerte de los paracaidistas de la primera guerra, o la segunda. Está seguro de que muchos de esos miles de soldados, arrojados al vacío de una patria ajena, debieron haber muerto aplastados contra el piso y, sin ideas que puedan ilustrar lo absurdo de las guerras, da el primer ejemplo que le viene en mente: como albóndigas que devienen hamburguesas.

Dice que el parte de una guerra no señala a las víctimas si ellas no son héroes: por eso es parte, no absoluto. No señala imperfecciones en los saltos, fallas de fábrica en las cuerdas, en los pernos o resortes, o en alguna costura de correa. Hernández sugiere, por lo tanto, imaginar el momento que precede a esos saltos, la deserción en los últimos instantes, allí donde el patriota sabe si es macho o es marica; los gritos del guerrero llamando a su mamita y el cierre colectivo en los esfínteres que Dulbecco llama, con desprecio, anillos del ojete.

La imaginación de Hernández es el vehículo de un pai-

saje nunca visto que, no obstante, describe en sus detalles: miles de hongos suspendidos en el aire, un cuadro casi fijo violentado por el cuadro móvil de los héroes desgraciados cayendo a gran velocidad sobre la playa y dejando sobre ella extrañas inscripciones y apenas un fragmento ileso de sí mismos: el casco.

Rosales, a quien desde hace unas semanas los muchachos han comenzado a llamar, además de Chino, Lechón, porque el sufrimiento y la ansiedad hacen que asimile de otro modo el alimento que traga y no mastica últimamente, oye la voz de Hernández sin la atención debida. Lo escucha como un *ejem*, un *atchís* o un *ahá* más de El Francés, algo que no alcanza a introducirse como forma en su conciencia, sino como un mensaje interrumpido por otros que tampoco tienen forma. Está más atento a la estafa que ha sufrido Sarlangue en la avenida de las automotrices extranjeras, aunque tampoco atienda demasiado la denuncia que Sarlangue ha hecho al canal de noticias, el juzgado competente y la cámara de importadores, patrocinado por aprendices del buffet de Gnecco & Sarli, los no va más del derecho comercial.

Rosales se deja llevar por la voz del estafado, por la aflicción que señala el carácter del perjuicio que lo hunde en una economía sin prosperidad ni reparaciones inmediatas, y en esa aflicción se detiene como si pudiera detectar allí algo de sí mismo que sólo reconoce cuando llega a él como una manifestación externa. Pero la indignación de Sarlangue no se inclina hacia gestos de violencia práctica, ni hacia las pantomimas de los hom-

bres que golpean sus puños contra mesas o paredes para impresionar a los demás sin necesidad de tomar a golpes a otro hombre. No tiene el estilo común del ataque de locura porque en El Francés el que rompe, paga; y porque desde que es damnificado y ya no estafa, ha encontrado en las palabras nuevas formas de un desahogo que parece resarcirlo, en parte, de las bancarrotas de sus pymes.

Paga y sale hacia la calle. En su casa revisa su estante de videos familiares y selecciona algunos para ver qué cosas han quedado allí donde lo documentado repara las fallas de la memoria para que comience, de una vez, a vivir de los recuerdos que olvidó. Toma una serie de cajas apiladas en un rincón del mueble y sopla el polvo que se ha ido acumulando sobre ellas. Ya no sabe advertir a simple vista qué contiene cada caja, y no saberlo no sólo no lo entrega al remordimiento de haber vivido algo y olvidarlo, sino que lo induce a pensar que algo en él que no es su voluntad ha debido construir ese pasado a cambio de una amnesia posterior.

Abre una al azar, pero el azar no incluye la primera caja de la pila porque la primera caja de la pila ha quedado presa de un antiguo orden, otorgado por el mismo azar que la situó en un lugar que ahora es el primero, pero que hace algunos meses era el último. Por eso prefiere evitar la caja que tiene más a mano y tomar una de las que se hallan en medio de la pila. La abre sin saber, como bien sabe, qué hay adentro, y lo hace con la idea de que el pasado habrá de traerle un mundo de

actos cometidos por alguien parecido a él: un doble de cuerpo, o un mellizo.

En las primeras imágenes ve a su hijo sobre un caballo viejo e indolente al maltrato de un jinete, amante de lo rústico y lo sádico, quien sonríe a los turistas mientras clava las espuelas en los flancos de la bestia y sostiene al niño entre sus brazos. El jinete abandona, cada tanto, una mano de las riendas y azota al animal con un rebenque percudido por el tiempo, cada vez a un ritmo más intenso, al que el caballo responde haciendo caso omiso o dando pasos de burro o de mula. El niño fija su mirada en un punto que cae entre la línea de las crines y su pera y, cada tanto, observa sin asombro un paisaje de montañas imponentes que reduce a la insignificancia cualquier cosa que sea una medida de lo humano.

Rosales detiene bruscamente esas imágenes porque no es lo que conserva su memoria lo que quiere recobrar, sino aquello que sólo puede ver en esas cintas: el cuerpo desnudo de Elena quien, en la pantalla de veinte pulgadas, lo besa en forma suave y sostenida durante dos o tres minutos, mientras mira de costado hacia la cámara, cuyo punto de vista será el de ellos cuando hayan concluido su tarea y se vean a sí mismos como extraños, y al objetivo que los mira como propio.

Tras la escena inicial, se produce un momento que se prolonga por expresas directivas de Rosales, en el que Elena mama la carne humana como el niño mama teta o chupetín, mientras caen hilos de saliva transparentes y

copiosos hacia la piel poceada que protege los huevos de su, entonces, hombre amado.

Por alguna virtud o desarreglo de sus glándulas, abunda líquido en la boca abierta, cuyos detalles se pierden en las sombras que la cámara no ha logrado retener. La luz difusa opaca las imágenes como si esa escena, repetida tantas veces entre ellos, comenzara finalmente a envejecer. No porque los cuerpos envejezcan tras usarlos, sino porque cuando se echen, cada uno a cada lado de la unión que ahora mantienen, caerán en un estado que será primero de rencor y de silencio, para alzarse luego de la cama y darse la espalda mutuamente, antes de ingresar a un mundo propio al que sólo pueden ir sin compañía.

El Chino Rosales, por fidelidad a la tentación del solitario que ve lo censurable sin censura cuando quiere, retrocede las imágenes y las detiene en dos o tres pasajes que ilustran, sin palabras, las cosas que piensa sobre Elena y que nunca llevaría a las charlas de El Francés. Algo que sí hace Valente cuando toma de continuo bebidas en las rocas, que los mozos de la noche llaman yelo, para referirse sin vergüenza y con elevados ánimos al romance que viven su ex mujer, la sueca Sarrasqueta, y su ex amigo, el ingeniero Marinelli, alias Gogui.

En esas imágenes que retrocede ve los hábitos del cuerpo más preciados por Elena, aquellos que él ha sabido aprovechar como habrá de hacerlo ahora el nuevo amante quien, por lo extrañas que son esas cosas habituales para ella, se creerá único o primero.

Embriagado por el recuerdo de su olor a concha, ve el cuerpo de Elena desde atrás. Tiene la cabeza apoyada en una almohada de una plaza y las piernas abiertas. Una de sus manos pasa entre las piernas y sube con lo más alto de sí misma, el dedo mayor, hacia ese punto que la anatomía llama coxis y la madre de Elena hueso dulce. El dedo baja arqueado, como si quisiera darle una tensión o una dureza extrema, como extrema es la tensión y la dureza que da el hombre cuando puede.

Pero no es la yema de su dedo lo que toca, a su paso, los agujeros que se abren tras el roce, sino el dedo completo que se apoya y se oculta, en este instante, a los ojos de Rosales y a la cámara que vio antes que él lo que él ahora está mirando. Cuando el dedo hace abandono del aro con estrías para pasar al corte vertical de la ranura, que se hace horizontal porque Rosales ha inclinado el objetivo para que Elena crea que es un cineasta, detiene la imagen con la pausa. Las órdenes que diera a aquella cámara, y las que da al control remoto con su mano, se confunden como si ambas fueran simultáneas aunque no encuentre fecha que pueda distinguirlas como una en su cabeza, porque podrían ser de ayer o de hace un siglo: igual de ajeno es lo que queda en el pasado.

En ese primer plano de imagen congelada sobre el que se ha cerrado el objetivo, capturando aquello que se escapa y haciendo grande lo pequeño, hay un ojal hundiéndose en la carne, un hueco constrictor y muy profundo que habrá de comprobarlo quien lo llene; y un corte recto sobre el que se ha apoyado el dedo, como se

apoya el dedo en la boca del que piensa. A la perforación oscura y al corte rosado que, juntos, forman la zona estricta de la hembra, los muchachos de El Francés los llaman, respectivamente, balazo y puñalada.

IX

nueve

A Rosales, de grande, se le da por fumar, por incorporar a su vida ese hábito de iniciación que los hombres conservan creyendo que el hábito prolonga en ellos algo de la juventud perdida cuando, en realidad, sólo ha quedado de ella una costumbre nociva.

Fuma un cigarrillo rubio con filtro que saca de un paquete de importados que Sarlangue dejó sobre la mesa para que alguien, en algún momento, le pregunte cómo es que le ha ido en su último viaje al extranjero. Pita el faso extrañado por su gesto y, como todo aquel que incorpora cosas nuevas a su vida y le parece que el nuevo es él, mira la brasa que parece apagada debido a la luz que entra a El Francés por los paños de vidrio que dan a la avenida. Mira la brasa primero y sus dedos después, y en ellos ve los movimientos inéditos que advierte como prueba de que su vida comienza a cambiar de alguna forma.

El humo que exhala sin honor al ritmo pausado del vicioso y, en cambio, fiel a la velocidad del carraspeo, se une al de sus amigos, quienes permanecen bajo esa nube turbia que los muestra borrosos a las miradas de las mesas contiguas como si estuvieran reunidos bajo el smog de la ciudad de México o en los fondos de un taller de carburación y encendido.

Pero de todos los humos que han subido, es el de Pacha Sanzone el que va más allá de aquellos que, incluso, han soplado hacia arriba, porque le agrega al prognatismo que heredó de Roque, el padre, un toque artesanal y, sobrando a los muchachos desde la posición normal del fumador sentado, le da forma de argolla a las volutas que avanzan hacia el techo.

De pronto alguien hace unas señas en dirección a la barra y un mozo acerca una torta con una vela encendida mientras el grupo, superdotado en voluntad e infradotado para el canto, comienza a entonar el feliz cumpleaños y un himno que emociona a Rosales porque le dice, primero, que es un buen compañero y, después, que nadie lo puede negar.

De los pequeños bafles de El Francés, escondidos en lo alto de la heladera de seis puertas, surge ahora una típica canción americana que celebra el carácter fuerte del hombre de mundo, nada que ver con Rosales, en una versión muy poco difundida donde una voz más bien resignada describe los avatares de una vida sin orden con una jactancia que no encaja en la resignación descripta.

El clima del bar se invierte en un instante, y los pun-

tos de interés distribuidos por el salón hasta hace un rato se concentran ahora sobre la mesa que homenajea a Rosales, cuya atención sobre al homenajeado se prolonga hasta que el resto de los parroquianos, convidados de piedra a ese festejo, retoman sus charlas interrumpidas por cortesía o, simplemente, por no poder continuarlas en medio de los gritos y las risas de teatro con que los amigotes de Rosales invadieron cebados El Francés a eso de las seis, ocupando el reservado con la autoridad que los excluidos asocian a la usurpación y otros, más complacientes, al derecho adquirido con los años.

Luego de la tensión entre los grupos, se restablece la curiosidad de los muchachos sobre los cigarrillos importados de Sarlangue. Pero esta vez Sarlangue no ha viajado al exterior, sino a la cordillera donde, al parecer, ha descubierto la belleza de un volcán de cinco cimas, una mole de treinta kilómetros de radio en su base, con actividad interna donde circula el agua y ya no el fuego, y también una leyenda que Sarlangue cuenta utilizando de puntuación exasperante su modo de fumar que le permite quebrar por la mitad una palabra, e introducir un suspenso que sería mejor recibido si no viniera de él.

Habla de la leyenda de los enanos negros que castigan al andinista forastero, y hasta lo vejan sin culpas en la cima; pero que si no lo vejan ni fajan trae suerte a quien los vea. Los prodigios o los engendros se amontonan, acechantes, en un refugio de arbustos y de matas y esperan por semanas a que llegue el distraído a quien cercan cuando llega y luego lo devuelven a la base pedre-

gosa de los montes, dejándolo que ruede cuesta abajo y, con él, su cantimplora, su sol de noche a gas, sus medias tres cuartos tejidas y sus borceguíes comidos por las piedras en sus puntas. Pero el auditorio de Sarlangue no es crédulo con él, tampoco es curioso, y es el silencio del grupo lo que veta su relato para que lo desvíe hacia asuntos que no sean supersticiones y en cambio, sí, más afines a la ciencia.

De las mesas que han unido los amigos de Rosales, llega la petición de visitar las cabinas de mujeres en el centro, sin restricciones de consumo ni de horarios, excepto la de honrar a Rosales en su día convirtiéndole un show pago en show gratuito.

Arreglan sus cuentas en la barra y suben a los autos, al tiempo que los ruidos de El Francés continúan en las calles aunque apagados, como si la distancia ahorrara los detalles a quien escucha así como se los ahorra a quien mira a la distancia.

Esos segundos planos de sonido que los presentes en el bar habrán podido constatar hace un momento, se pierden en los ruidos ambientales de la noche: bocinazos, pasos lentos, motores encendidos, susurros vagos en las sombras y la brisa que agita los carteles que señalan dónde está esto o aquello en la ciudad. Bajan a dos cuadras de la Casa de Gobierno y entran al edificio de cabinas. Pacha Sanzone recibe el dinero que han podido reunir con el sistema que alguien llama a la canasta, entrega los billetes por una hendija de vidrio de la boletería y se sientan a esperar el momento en que una voz

anuncie qué se podrá ver durante el show, y quiénes serán las estrellas de la noche.

Uno a uno cierran las cortinas tras de sí y se acomodan en unos asientos contrarios a la anatomía humana y a lo que el humano espera del confort. Las cabinas rodean en círculo el escenario al que entran unas cuantas mujeres de carnes abundantes, en apariencia demasiado serias para provocar diversión entre esos hombres que se saludan de una ventanilla a otra como si fueran a emprender un viaje hacia destinos diferentes.

Con un mismo gesto de identificación y pertenencia colectiva, Sarlangue saluda a Sanzone y Sanzone a Rigazzio, mientras Rigazzio saluda a Rosales con un gesto más intenso que los anteriores, porque el saludo de identificación y pertenencia lleva implícito el de cumpleaños. Esas efusiones los pueriliza a los ojos de la mujer que da comienzo al show con las técnicas más comunes del desnudo: la suspensión del acto que se espera, la demora adrede; el despojo y la resistencia a despojarse de las prendas, donde parecen enfrentarse dos ideas cuando todo el mundo sabe que sólo hay una, que termina con las ropas cayendo lentamente, flotando en la caída, sobre el piso plastificado de ese picadero que simula restituir, con una parrilla de tubos fluorescentes, la luz diurna en medio de la madrugada.

Pero la operación del desnudo no es completa, y la mujer camina ahora dando pasos largos por el perímetro más amplio del escenario, aquel que la acerca a las cabinas desde donde observa los gestos airados de la mu-

chachada enardecida y silenciosa tras los vidrios, la violencia contenida en las miradas fijas, las respiraciones discontinuas y la necesidad que comienza a crecer entre los hombres y que no habrá de saciar esta mujer, ni quien le siga en la rutina de la noche, porque los muchachos han pagado para ver y no tocar.

Una mujer oriental, a quien los avisos de la entrada llaman Reina de Shangai, entra al escenario guiada por una luz que gira y cambia de colores sobre lo alto del rodete. Camina dando pasos sobre una línea imaginaria, como si lo hiciera sobre la cuerda floja de un mundo sin gravedad, y mira a los hombres que para ella son un grupo, aunque cada uno se considere capaz de enamorarla si ella percibiera su deseo.

La falsa china, que hablará español cuando la crucen más tarde en las salas de casino y bingo, se desviste y, parada sobre unos tacos más altos que el largo de sus pies, les da la espalda a los muchachos, gira su cara hacia un costado y emplea un movimiento que parece fruto del ardor cuando la vez que lo hace es la primera, y una artimaña del oficio cuando el movimiento comienza a repetirse.

Da la espalda a esa horda encapsulada, vuelve a girar su cara hacia el lado sobre el que aún no había girado, se chupa un dedo índice y, con la mano del índice que está seco y no mojado, abre el agujero oscuro, no el rosado, y le muestra a quien la observe, sea Rosales, Sanzone, Hernández, Valente, Rigazzio o todos juntos, que así como lo abre lo cierra si ella quiere.

Los muchachos no logran sustraerse del boquete titilante de la china, porque ven que el dedo que ha salido de su boca embadurnado de saliva, gira por encima del rodete, copiando la seña con la cual se ordena otra ronda de whisky o ginebra en los boliches, y luego se lo incrusta en el ojete, que con el dedo adentro ya no cierra.

Sólo Rosales parece ajeno, aunque mire, a los aspavientos redundantes de sus amigos, la irrupción sucesiva de estrellas desnudas y el acto del final, en el que la china saca el dedo del anillo que presiona, como a un corcho lo presiona la botella, lo devuelve a su boca y lo lava mientras muestra su cavidad negra a los presentes, antes de que caiga sobre el vidrio de las cabinas esa lluvia eléctrica que introduce un blanco de censura sobre la transparencia que lo exhibe todo.

El hacinamiento que sufren en sus refugios, expulsa a los muchachos al exterior de las cabinas, y sobre la avenida departen comentarios vulgares sobre lo que vieron, deliberan, vuelven a los autos y salen hacia las salas de bingo y casino donde encuentran un ronroneo de aire acondicionado sobre el silencio tenso de cientos de personas que se esfuerzan en no hablar porque creen que hablar en el casino es mufa.

Sobre el rumor sin fin y el choque de las bolas en la burbuja plástica del bolillero se oye la voz que pronuncia los números del uno al noventa y nueve sin continuidad. Ese encuentro directo con la suerte es lo que han ido a buscar los muchachos, quienes olvidan el cumpleaños de Rosales o ya no lo consideran el motivo de las distracciones de este

día porque al llegar la medianoche, y de acuerdo a sus esquemas, el cumpleaños para ellos ya fue ayer.

Los números se suceden instalando en la sala un clima de correspondencia escasa, como escasa es la correspondencia entre el quince y el veintiséis que le sucede, primer par de la serie que Rosales comienza a percibir apenas entra, hasta que algún afortunado, que un instante antes pensará que su fortuna es mala, cruce la alfombra sintética del salón sosteniendo con dos dedos de su manos, los dedos de la ve de la victoria, el cartón que viene con premio.

Mientras el enigma del éxito se suspenda en la voz del locutor que trae las buenas nuevas en la sucesión irregular de números, que para los participantes son un sí o un no, se irá ordenando el triunfo que el azar aún no decidió del todo. Pero la suerte de la muchachada es discreta; apenas un premio menor que Rigazzio no festeja cuando lo obtiene, ni lo cobra en efectivo. Prefiere, dado que es un dinero que le llueve, invitar con tragos a sus amigos, los muchachos, los chochamus o los quías, antes de que tomen el agua de floreros que hay en las salas del bingo y el casino, tal como han venido amenazando.

Rigazzio paga y se posiciona de otro modo ante su grupo, y en virtud de esa nueva posición que cualquiera tendría entre ellos si pagara, acompaña con modales de estanciero su pedido. Insinúa sin decirlo que la tiene y se la gasta, pero prefiere recoger el agradecimiento de sus pares otro día, tal vez mañana a la hora del vermut cuando se pague la picada de la casa y él pueda mirar con aires supe-

riores los pellejos y el hilo del salame, la baba en los carozos de aceitunas negras, el queso pategrás o Mar del Plata transpirando en la madera de la tabla, mientras cualquiera a quien le haya quedado grabada la noche de esta noche, diga que Rigazzio hoy no paga y él, para que un nuevo gesto quede grabado otra vez en los muchachos, lleve su mano al bolsillo dando a entender que lo de anoche es algo que él olvidaría a cambio de que otros lo recuerden.

Ausente, atento apenas al clima y los ruidos del salón, sin perspicacia para observar el vaho de ansiedad que envuelve a concursantes y a la banca, y donde no puede distinguir a simple vista el que gana del que pierde, Rosales comienza a mirar a sus amigos con la idea de abandonar ese salón al que han ido con el pretexto de un festejo. Busca retirarse en compañía y se va sin encontrarla, sin consideraciones hacia quienes lo rodean, incluso sin avisar que se está yendo así como los demás se abandonan al fracaso sin saberlo.

Los vidrios empañados del taxi al que sube lo separan de los solitarios que caminan por las calles, mientras considera esas caminatas con el interés de quien podría hacerlas propias a la hora en que él, habitualmente, duerme. La calefacción del auto relaja a Rosales mientras va perdiendo en su memoria, aun antes de que concluyan, los pormenores de esta noche que no significa nada para él. Sólo desea llegar a casa y escuchar en el contestador el saludo pendiente de Elena, la voz que lo proteja y premie el afán de oírlo que lo mantiene alerta y le impide que se duerma en el camino.

El aparato marca un mensaje con su luz intermitente pero, antes de conocer la identidad cautiva, camina por su casa, enciende luces y luego las apaga para que la luz roja sea lo único presente en esa casa, del modo en que en los cuentos de hadas los ausentes ocupan las casas encantadas. Pero antes de que la voz pronuncie siquiera una palabra, distingue en el sitio más profundo de su cuerpo y su memoria aquella voz que también ama, mas no la voz que espera:

–Papá...

diez

Rosales duerme sin sobresaltos un sueño de reposo del cuerpo y de aquello que a él le avergüenza llamar alma pero reconoce íntimamente como tal. Duerme largas horas, tal vez doce o trece, en la misma posición en que ese cuerpo que reposa se entregó al descanso; con tics que el rostro no podría repetir en la vigilia, y balbuceos que son la extensión de aquellos gestos singulares en una lengua que no entiende nadie, como cada una de las lenguas que habla el cuerpo.

Duerme como un ángel, como un niño, en conciliación con ese estado en el que los vivos parecen muertos; y en esas horas en que su cuerpo petrificado reposa en la quietud casi absoluta del que abandona el mundo por un tiempo, sin intrusiones de los ruidos de la vida sobre la carne relajada, Elena vuela a Nueva York en una línea

aérea de la República de Chile que le sirve manjares frescos envueltos en papel metálico.

El avión gira suavemente sobre su ala izquierda sin que los pasajeros imaginen, con la delicada ejecución de la maniobra, que en el instrumental de cabina se asienta la nueva dirección de la ruta que los lleva, silenciosos y hambrientos, hacia su destino.

La tripulación ha debido suspender por un momento una charla sobre asuntos inherentes a gremios enfrentados, para que la maniobra se realice en base a las reglas estrictas de la aeronáutica, ajenas a la improvisación, el instinto y la impresión personal que los hombres de cabina puedan tener de esas referencias terrestres sobre las que vuelan en la noche clara.

La precisión de la máquina no es mayor que la de quienes dejan los alimentos sobre las bandejas de plástico con un gesto enérgico del brazo, clavando sus miradas en la de los pasajeros que acatan, antes que las leyes primitivas del apetito, las leyes de la compañía, transmitidas en la sonrisa fija del personal perfumado que apercibe, aprueba y rechaza excepciones según cómo funcione el vuelo.

En medio de ese orden riguroso que rige los desplazamientos internos de la nave, Elena se traslada evitando contactos con sus pares, los humanos, mirando el paisaje plano del ala que comenzará a brillar al alba pero que ahora es una superficie más clara que la tierra, al tiempo que Rosales se incorpora de su cama a la mañana con ímpetus extraordinarios.

Se afeita con las técnicas más pacientes, deteniéndose

un momento en la primera fase del proceso, la de los giros de la cerda sobre la piel cubierta de una espuma similar a la del chop que tira el nuevo barman de El Francés. El agua de la ducha cae ahora sobre el cuerpo que, al recibirla, entra de lleno a un ideal de vida sana que termina allí donde comienza, con un manoseo del jabón sobre los huevos hasta que, por el orificio obstruido por tanta pompa espesa, salta el líquido hacia los azulejos ilustrados con tréboles de cuatro hojas sin que pueda distinguirse el blanco que limpia del que ensucia.

Las calles comerciales son las que ha elegido Rosales para caminar sin rumbo cierto, pensando que la compañía de esa gente que corre tras la oferta es, en cantidad, mayor que aquella que pasea con aire pesimista por la zona de museos, lo que hace a ésta mejor en calidad. Camina al azar, dejándose llevar por impulsos más bien basados en recuerdos de paseos similares que él no tiene en cuenta pero su cuerpo sí, y el azar lo deja frente a la vidriera de una perfumería que conserva, todavía, ofertas de Navidad.

La curiosidad acerca a Rosales a una caja que, no duda, es la de aquel perfume que usa Elena, y allí queda inclinado, dispuesto a constatar si los detalles de este envase coinciden con aquel que mantiene vivo en su memoria; o que al menos no varían demasiado, para que el reconocimiento se efectúe sin problemas y él sepa que sólo algo de la forma del envase ha cambiado para que el perfume no haya cambiado nada, como no cambió el recuerdo que su olfato tiene de él.

Entra, toma una muestra de un estante y huele el lí-

quido que el vaporizador ha regado en hilos finos por el aire del lugar, donde la suma de olores, que hasta ahora no ha dado el resultado de una mezcla o el imperio de uno sobre otro, comienza inclinarse a favor del perfume que usa Elena. Huele y se va pero vuelve en una hora y repite el mismo acto sin que nadie lo vea y lo reprenda con la voz o la mirada. Orienta el escape del frasco hacia su cuerpo con la urgencia de un asmático, y como si no hubiera modo de repetir un acto sin que el segundo, el de la repetición, parezca diferente, agrega un interés fingido por las ofertas que el comercio presenta a sus clientes tentándolos con pagos financiados.

En una canasta de metal lleva algunas cosas que ha tomado de las góndolas para que el perfume que le importa sea, a la mirada de los otros, algo que no se distinga entre otras cosas, y lo extraordinario se pierda en la red confusa de la serie.

El cuerpo perfumado de Rosales, como dicen en El Francés que huelen las mascotas de las casas de masajes, se detiene a un paso de la caja, paga y sale, mientras una voz mecanizada pero humana le agradece por la compra y lo invita a que regrese cuando guste. Se va con los paquetes que se caen cuando abre la puerta de su casa, y su perro escapa hacia algún punto que, sea cual fuere, no es del conocimiento de la bestia.

Rosales intenta el modo de atraerlo que figura en los manuales del que adiestra: no corre hacia el perro sino hacia otro lado, para que en nombre de la fidelidad del perro al hombre, el animal cambie el sentido de la huida

y se sitúe en el lugar del cazador y no en el de la presa. Pero el animal sigue su carrera sin mirar atrás, como si atrás no hubiera nada suyo; y ese desinterés por aquello que hasta ahora era su pasado, confirma el descubrimiento del doctor Luis Raggi que repiten todo el tiempo en el canal sobre animales: el que asegura que los perros carecen de memoria.

Ha pasado apenas un minuto desde que Rosales lo dejó escapar, y allí puede vérselos a ambos, uno en cada esquina, alejándose cada vez más uno del otro, como si la distancia que aumenta entre ambos pusiera en claro que uno es un hombre y el otro es otra cosa; hasta que Rosales advierte al darse vuelta que en la otra esquina ya no hay nada, sino la idea de un perro que ha doblado sin que lo vean.

Ve su casa abierta a la distancia y regresa como debe, caminando sin apuro. Lo que sucede al día siguiente introduce algunos cambios en el curso de los acontecimientos ordinarios, aquellos que desde que Elena se ha ido fueron conservados por Rosales para atarse a su recuerdo a través de una rutina. Pero sin conexión con los sucesos que debieron ocurrir la noche antes, se despierta y no advierte que en el lugar que ocupaba la mascota de la casa ya no hay nada, excepto una cantidad de objetos que comienzan a imponer, sobre el parque amplio de los Rosales, la idea de que las cosas del perro no son el perro, del modo en que un santuario no es un santo.

No advierte la ausencia porque es la primera mañana en que se nota, y entonces es más intensa la presencia

del pasado que la ausencia que aún no está presente, como si no ver al animal no fuera, por ahora, igual que no tenerlo. Se levanta y ve que el perro no acompaña el fin de su sueño dando golpes de orejas a su cráneo, ni bostezos apagados o ladridos con los que cree ocupar, cada día, un lugar en el espacio.

Sale a buscarlo con decisión pero sin estrategia, lo que es peor que si no se hubiera decidido. Imagina un camino que lo lleve al animal y decide ir a la zona de las quintas, unas veinte cuadras en dirección al sur donde otros perros comienzan a trotar alrededor de su caminata sostenida y algo frenética para una hora de la mañana en la que abundan los movimientos lentos de las señoras del barrio, quienes revuelven en los canastos de verduras y pan fresco y luego, con una farsa de paciencia, en los fondos de sus monederos para, finalmente, pedirle fiado una vez más al despachante.

Rosales se da vuelta para ver de dónde surge aquella voz que ha nombrado a Elena a sus espaldas, con intenciones que no parecen buenas, y no ve un cuerpo sino una sombra que lo oscurece en la claridad de la mañana. Alguien que entra a la despensa le pide paso cordialmente y Rosales descubre a la anciana que ha sido severa con Elena y ahora no saluda cuando pasa, rozándolo con sus tetas enormes, del tamaño del melón que exhibe el verdulero en el estante donde reúne a los productos discontinuos: la calabaza de tres kilos, la pera bebé y la banana recta.

La posición de quienes han oído el comentario es un compromiso involuntario que tomaron por azar, al no

impedir que fluya la palabra de la boca de la anciana; al no empañar, como debieron, la ilación clara de ese chisme. Pero si el verdulero es más culpable que sus clientes por permitir que circulen esos dichos, allí donde él ofrece sus zapallos y manzanas, su tomate cherry y su repollo de Bruselas, su leña y sus carbones vegetales, es algo que Rosales no puede descubrir en el momento aunque con su mirada lo juzgue y lo castigue de antemano, anunciándole que acaba de perder a un cliente que paga de contado sin quejarse.

Inmerso en una situación que lo incomoda y que, no puede impedirlo, lo acompañará a lo largo de la cuadra, al menos hasta que doble la esquina y regrese a su casa por el camino más corto, Rosales olvida a su perro, y en ese gesto de indolencia rechaza, como si ya no fueran suyos, los largos años de amor a su mascota.

Al día siguiente, junto a su hijo, planifican la pesquisa de acuerdo a las inquietudes que podría tener un perro si se lo mira desde una perspectiva humana. Piensan que tal vez haya ido al encuentro de una perra y que, cegado por la pasión bestial que lo domina, haya terminado en el barrio de las fábricas, arriado hacia allí por el escape libre de los autos que cruzan la avenida y los vecinos sin paciencia a los ladridos y a la idea de enfrentarse a la imagen de un can abotonado.

Hacia allí van, sosteniendo su fe en el reencuentro gracias a ese plan inteligente que seguirían algunos hombres pero, tal vez, ningún perro. Caminan varias cuadras, evitando la despensa y cualquier encuentro con las gordas

chusmas de ese barrio. El viento cruza la calle de tierra que han elegido para abandonar la ciudad paso a paso. Pero el viento nunca se señala a sí mismo, de modo que compensa su falta de imagen con la imagen de aquellos elementos que le sirven de agente para señalar cuál es la dirección ha tomado: las copas de los árboles, las nubes de polvo, las bolsas vacías de supermercado que flotan en el aire.

Rosales se frena en una esquina cruzada por una calle desigual que hacia un lado no tiene salida. Mira hacia lo más profundo, atraído por el vacío de la calle que es un mundo extraño para él, y luego vuelve hacia aquello que puede conocer y describir: cincuenta metros de tierra, autos estacionados, cables que van de una acera a la otra por encima de eso que en la ciudad, o en la escuela, llaman calzada y aquí es apenas un camino silvestre sin destino.

Es un momento en el que el niño pierde su mirada detrás de unos hombres que trabajan, a lo lejos, con excavadoras. Tras la cortina de polvo que les ensucia la piel y los expulsa unos segundos de aquello que están viendo los obreros, Rosales observa el panorama con la intención de ir de un simple registro de conjunto al detalle que el conjunto disfraza como una parte más del todo, y ve a lo lejos algo indefinido para la mirada pero que en un plano inexplicable tiene la forma conceptual de una desgracia.

Al final de la calle se ve caído el perro de Rosales. Se ven las patas traseras, en una posición que induce a pensar menos en una pose de descanso que en un esfuerzo

tenso, y en las palabras fiambre y mortadela. El niño no ha advertido lo que su padre ha descubierto, y a esa pequeña felicidad de evitarle dolores a su hijo se entrega Rosales para soportar la escena que está viendo.

Con un movimiento brusco de su mano sobre el hombro del pequeño, lo obliga a caminar hacia la excavadora, los obreros, el polvo que cubre el escenario del trabajo, y con el cambio de escenario también cambia la charla que no van a abandonar hasta el almuerzo, en el que el niño planteará su disgusto por la escuela, las maestras, la enseñanza obligatoria.

Durante el atardecer en el que el sol cae lento sobre el horizonte, en un espectáculo que no ha sido hecho para el hombre de ciudad, o que el hombre de ciudad no ha querido ver durante siglos porque lo atribuye a un hábito del campo, o de indios, Rosales regresa a esa calle de tierra donde aún yace, tendido de perfil, el cadáver de su perro. El cuero se pega a las costillas, como si en ese proceso ordinario de la biología la muerte insinuara, tal vez, su único propósito: el de reducir las cosas a la nada.

Hay un gesto en la cara del perro, y en la memoria de Rosales quedará la marca de un dolor que el cuerpo del animal ha recibido luego del golpe o el balazo que le han dado como última ofrenda de la vida sensible. Debajo de la oreja, la del perfil que puede verse, descubre un orificio, una hendidura, una muesca misteriosa de violencia que le da un sentido a ese dolor supuesto por Rosales aunque no precise cómo ha sido producido.

Impulsado por su idea fija que vuelve antropomórfico cualquier animal muerto, siente un deseo de ocultar el cadáver de inmediato, aunque para hacerlo deba contar con una pala, la máxima herramienta del universo rural que él no sabe utilizar como se debe; al margen de que no tiene, como tampoco cuenta con la fuerza que la tristeza le ha quitado en estas horas, sin la cual la pala no cava, cava poco o cava mal.

Consigue prestada la herramienta, vuelve a su casa por ropas alejadas de la moda pero no del uso, un uniforme que improvisa tomando cosas de aquí y allá, y comienza a hundir el filo de la pala angosta en las líneas de un rectángulo que ha marcado previamente con sus tacos hasta que, una vez que mira hacia la profundidad del pozo, arroja la herramienta hacia un costado, descansa unos minutos y piensa, un poco para cambiar de tema, que debió pedir la pala ancha.

No quiere que sus manos toquen las patas del animal y lo arrojen al hueco sin que medien materiales que aíslen a unas de otras. Mira el descampado y, a falta de elementos a la vista, desabrocha su camisa, envuelve en ella una mano y arrastra al animal que ahora le parece más pesado. Además, le parece que está vivo, porque al estar allí el cuerpo que es y no es el perro, aún no puede entender que ya le falta, que está pero no está como él quisiera, aunque en su memoria el muerto siga vivo.

Las paladas de tierra negra caen sobre el pelo del animal, y en esos golpes de dos o tres kilos contra el cuerpo de la bestia, Rosales oye un sonido hueco, un vacío que

la palabra vacío no alcanza a describir. En el momento en que la tierra cae distribuida en cantidades similares cada vez, y sin apuntar a lugares puntuales excepto la primera palada que, nunca hay que dudarlo, se arroja a la cabeza, un dolor absoluto lo deja acostado sobre el campo, sin fuerza para sostener su propio peso.

El rectángulo húmedo que se recorta en la claridad de la paja no tiene el mismo aspecto según como lo mire; porque según como lo mire habrá de verse sólo esa figura o, bien, como lo ve ahora que se levanta, una línea convexa que se alza sobre el perfil recto del suelo como si de allí fuera a salir algo en vez de haber entrado.

Regresa a su casa y se deja caer sobre la cama sin importarle que manchará la manta en la caída y caerán sobre la alfombra restos de tierra, paja y pelos desprendidos de su perro. Su cuerpo rebota en los resortes del colchón y, una vez quieto, adaptado finalmente a él, Rosales llora, y llora, y llora Rosales, llora.

XI

once

Pacha Sanzone se casa por civil en un registro del centro; y por iglesia, en la capilla de la Inmaculada Concepción de María. Pero lo que a Rosales le interesa es la fiesta que los suegros de Sanzone darán por la noche en el club de campo del círculo de la prensa, un lugar exclusivo en el que Sanzone no cae bien por su manera de hablar a los gritos, como no cae bien en El Francés aunque lo acepten porque siempre deja una propina.

La novia ha ido por la tarde a trasladar personalmente sus inquietudes sobre el decorado del salón de convenciones, a ordenar centros de mesa y candelabros, y a que los mozos conozcan, y teman, su carácter susceptible. Atraviesa ese espacio bajo y amplio, de proporciones similares a una caja de camisa, con un impulso desmedido: el de rectificar sus decisiones más triviales, al no

poder cambiar su decisión de haberse unido a Pacha en contrato marital. Su cabeza, de la que caen los granos de arroz partido que le han quedado del civil, se inclina hacia los costados en ondulaciones que son las de quien sigue el ritmo de un twist o de quien niega sin estar seguro de sostener su negativa.

Es la negativa tibia del cuerpo ante lo irremediable, un gesto nervioso que no es el de las palomas gordas que caminan por las tejas del salón mientras defecan el resultado chirle de su dieta omnívora. Los cuidadores del predio miran impotentes, desarmados, el traslado de las aves de la paz y lo que dejan caer en vuelo sobre los techos de los autos.

Al no poder controlar las rutas espontáneas de esos pájaros bobos que los jardineros del club llaman buchones, hay en su lugar una idea obstinada de naturaleza que no está en la naturaleza sino en las revistas de jardinería, en virtud de la cual los jardineros mantienen el césped parejo en altura y color, hacen funcionar rutinas de riego inspiradas en la fotosíntesis que a su vez se inspira en la sed de la tierra y la humedad del aire, para darle al parque la perfección artificial de una cancha de fútbol de interiores o de un bizcochuelo cubierto de granas de coco.

Rosales podría encontrar a Elena en la fiesta de Sanzone, y piensa que las circunstancias de un encuentro incidental serían adecuadas para mantener una conversación al paso, cuyos términos comienza a imaginar para imaginar, también, que domina los efectos que el encuentro

podría producir en ella y en quienes la rodeen cuando esos efectos se produzcan. Así que busca en su placard las ropas que mejor lo representen esta noche, las que puedan conquistar su círculo de influencia y respondan con fidelidad a sus leyes de necesidad interior.

Rosales intentará llamar la atención de la mujer perdida, más aún si, como piensa, aparece acompañada. Ordena diferentes combinaciones como si cada combinación fuera un mensaje diferente, o un destinatario diferente fuera a recibirlos. Pero no es la lógica del arte abstracto lo que determina la situación de las prendas sobre la cama; no es una estructura compensatoria de colores y formas lo que habrá de decidir su vestuario, sino una composición en la que cada elemento, por separado o en conjunto, tendrá algo que decirle a Elena si es que ella lo mira atentamente.

La corbata italiana, el saco oscuro, la camisa blanca, son los objetos que Rosales cree instalados en la memoria de la amada y es allí donde quiere resucitar, para ella, tal cual era, sin advertir que esas prendas lo disfrazan de hombre del pasado. No lo advierte porque el espejo de su casa está roto y, por lo tanto, no habrá nada que le devuelva su imagen antes de la noche, cuando alguien le diga algo y él sepa quién es a los ojos de los otros. Pero no es una imagen acabada de aquel que cree ser, o ha creído que era, lo que Rosales intentará imponer a lo largo de la fiesta; como tampoco es un juicio indulgente a su elegancia aquello que persigue, ni la inmunidad que lo proteja de los circuitos del chisme donde siempre se lo nombra. Sólo

quiere que Elena reconozca, en aquello que vea de él, algo de sí misma, y sienta que están atados todavía.

Son las diez de la noche, y a Rosales se lo puede ver vestido de manera sobria, atravesando la ciudad rumbo al salón del club de campo, en el interior del Lancia rojo que otra vez le ha prestado, con reservas, su amigo Convertini. En la entrada ve unos moños gigantes, aplicados allí a último momento por orden de la novia, que caerán flotando en un vaivén de pluma tras la primera brisa de la madrugada. Un guardia inclina su cabeza hacia adelante, en señal de respeto hacia Rosales y el auto de Convertini, porque le han enseñado que tienen valores similares la propiedad y el hombre propietario, y el Lancia cruza el portón de acceso cuando alzan la barrera, con las luces de posición encendidas y los movimientos morosos que el piloto da a la máquina.

Los sonidos graves de los bafles situados en el parque penetran en el auto menos como resto de melodía que como una vibración que provoca los golpes de un vidrio delantero en los burletes flojos o gastados. En la recepción, Rosales se encuentra con los muchachos de El Francés, junto a quienes se acerca sin demasiada voluntad a la mesa de quesos y bebidas, fumando con gestos duros y perseguido por cierta imagen anacrónica de Elena, sin vestido de fiesta, que ha venido a encontrar.

Los novios parecen discutir en un rincón acerca de gastos y detalles que han creído controlar pero que ya no controlan. Están cerca de la torta de tres pisos, en una situación con la que los invitados prefieren no intimar

porque, quién no lo sabe, todo matrimonio es un mundo exclusivo. De pronto alguien llama a Pacha por señas y se oyen los primeros acordes de un vals de Strauss al que la concurrencia obedece abandonando sus actividades, sean triviales o graves, banales o serias, de vida o muerte, lo mismo da, y entregándose sin reservas al baile de la consagración.

Sanzone y su mujer giran como esos muñecos que giran sobre la torta, automatizados, tomados de las manos sin delicadeza ni deseo, o más bien con un deseo de desligarse y volver por el camino que los ha traído y que, ahora, el baile de Sanzone con su madre y la novia con su padre, parecen cumplir. Los invitados miran esos intercambios y se acercan poco a poco a participar de la danza con timidez y prescindencia. Rosales no se anima a avanzar porque no le va bien en esas ceremonias en las que siempre habrá alguien que se interponga entre él y la novia y sepa aprovechar su indecisión.

Influido por esas experiencias, realiza algunos movimientos teatrales de alejamiento y evita el baile, atento a la aparición de Elena y pensando que tal vez no ha ido a la fiesta para evitarlo a él. Pero una de las invitadas no tardará en decirle que a las nueve de la noche Elena entró al quirófano del Hospital Mayor, una noticia que Rosales atiende con supuesta indiferencia, la indiferencia del supuesto informado que intenta demostrar que sabe todo sobre aquello que le informan.

Un impulso lo obliga a salir de inmediato hacia el hospital, mientras que otro, menos íntimo, le ordena

conservar esa indiferencia al menos un minuto ante los muchachos de El Francés y la avidez de la comentarista que, inmóvil y atenta, espera ver de él flaquezas y no fuerza. Cumple con ambos, pero en un orden inverso al que se presentan: demora un instante su partida del salón de baile, sorbe del trago largo de Rigazzio sin que Rigazzio avale el arrebato, ni lo impida, roza con palabras ambiguas la fronda de conversaciones y corre por el parque hacia el estacionamiento.

Maneja hasta el Hospital Mayor con descuido, amparado por la suerte y el escaso tránsito en las calles desde que subió la nafta. La operación se ha atrasado por cuestiones que el cirujano intenta explicar a los padres de Elena en un corredor por el que van y vienen las zapatillas planas de las enfermeras, y las de una empleada de limpieza que desliza sobre el mosaico un trapo húmedo, instalando una sensación general de asepsia que no habría de durar si alguien inspeccionara con atención el trapo, o a la empleada.

Luego de diez o quince minutos en los que los padres de Elena miran alrededor o se miran entre sí, buscando un motivo que los aparte de esa imagen que están viendo, la imagen de Elena que se aleja en el pasillo rumbo al ascensor que va al quirófano, el tiempo neutro del hospital comienza a precipitarse sin ser del todo el tiempo de la cura ni el de la enfermedad, sino el de la espera que comienza y es, para el que espera, un tiempo eterno.

Su cuerpo se aleja en la camilla entregado a la suerte de la ciencia, arrastrado por los brazos de un enfermero

que toma los laterales de metal del lado de los pies. Una frazada de dos plazas, plegada sobre el ancho de una, retiene en su interior el calor del cuerpo afiebrado y el efecto de frío que surge de la alucinación. La mano derecha de Elena, que la enfermedad vuelve virgen como la mano de una niña, o de una santa, sale de la frazada y concentra toda la fuerza de ese cuerpo débil sobre el que ya no tiene gobierno ni derechos, en un gesto de despedida apagado y redundante.

En la recepción no hay recepcionistas, ni guardias celadores que obstruyan el paso de Rosales o se lo cedan tras asentar sus datos en un libro de guardia. El hall de entrada es un ámbito desierto que atraviesa sin testigos hasta la pared del fondo, alta y blanca, donde se lee la composición del directorio y sus redes de influencias genealógicas. Llega al quinto piso y pregunta en forma vaga sobre las últimas operaciones de la noche, y en forma vaga le responden que ha sido un día de suerte el día de hoy, y que todos los operados están vivos.

Entretanto, Elena yace en el quirófano sin adaptarse a ese punto de vista en el que la vigilia se ejerce en la posición del dormido. Trata de utilizar el resto de conciencia que le concede la fiebre para imaginar el proceso al que someterán su cuerpo y luego lo entrega, indefenso, sin las inhibiciones que sólo se explican en las personas sanas. El anestesista se interpone entre su mirada y las luces que ocupan el centro del cielo raso, le busca la vena de un brazo con tres golpes secos de su mano, inyecta las proporciones de anestesia sugeridas por las reglas de la

cirugía y le dice al oído palabras que el desconocido pronuncia como si su tono se desvaneciera cuando la que se desvanece es ella:

–A ver cómo hace noni la nena...

El equipo de cirugía del Hospital Mayor, supervisado por el doctor Almarza, comienza su trabajo a las once y cinco de la noche. Las manos del cirujano buscan el corte en la bata verde de la paciente; recibe en su mano derecha, enguantada en un látex fino y transparente, el bisturí que presiona en el interior de aquellos dedos que no sean meñique y anular y abre el abdomen de Elena en un tajo curvo de veinte centímetros que si fuera recto sería de dieciséis.

Las pinzas abren la carne suave y sus capas inferiores, a través de las cuales los asistentes observan los órganos rojos en medio de la película blanca de la infección, agrupados sin orden como se agrupan achuras en una bandeja. Un vapor discreto, revelado por las potentes luces del quirófano, surgen del corte en vahos regulares y son los únicas manifestaciones de vitalidad de ese cuerpo al que están mutilando.

Rosales ve a los padres de Elena en una sala de espera y, por esos actos que no ejecutan los hombres sino sus reflejos, como si los hombres fueran niños, se detiene en un desvío del pasillo y vigila desde allí sin ánimo para retractarse de ese gesto sin valor. Los ve sentados, abrazándose de una manera que los incomoda, como suele suceder con personas que habitualmente no se tocan y son instadas a tocarse por obra del dolor o del temor.

Rosales baja los cinco pisos por las escaleras de incendio, cruza el bulevar hacia la plaza y se sienta en un banco a mirar la fachada del hospital, las luces desparejas de las habitaciones, como despareja es la suerte de los cuerpos pacientes; ve también a los choferes de ambulancia conversar junto a la entrada de emergencia y al recepcionista que, a lo lejos, parece tener la mirada perdida en él.

Sobre el banco de la plaza deja el saco y afloja el nudo de la corbata de seda, levanta los puños de su camisa y se apresta a recibir, sin tantos obstáculos, la brisa nocturna que entra en sus pulmones. Desde allí mira las ventanas del piso donde Elena duerme un sueño que podría prolongarse para siempre, a merced de esas manos que hurgan en su cuerpo sin que su cuerpo sienta que lo invaden.

–Padre nuestro que estás en los cielos...

Temeroso de Dios e incrédulo de los argumentos de la ciencia, Rosales reza. Pero no es en posición de rezo que invoca de modo interesado a ese amo de la infancia que detesta, pero ante el que se inclina porque no ve otra manera de influir sobre la suerte que no sea a través de mediaciones, de plegarias informales que continúa durante algunos minutos, hasta que decide volver al hospital y obtener algunas novedades siempre que le lleguen a distancia, sea por las confidencias de las enfermeras o la ausencia de movimientos extraños en la noche quieta.

Su orientación motriz, o la iniciativa inexplicable de la intuición, lo lleva al piso de terapia intensiva donde la seguridad parece haberse distendido y donde los internos duermen como pueden, cuando no matizan el insomnio

con fantasías aplicables a una vida sana. Recorre los pasillos en los que se oye una suma sorda de ruidos íntimos que para el hospital son ruidos públicos, espía a través de los ojos de buey y, cuando el ángulo de su mirada no alcanza a dar sobre la cabecera de las camas, abre apenas las puertas batientes y se inclina hacia adelante para constatar, aliviado, que aún no ha dado con Elena. Pero Elena aparece finalmente boca arriba, dormida aún por la anestesia, sin familiares que velen su sueño de drogas, ni asistencia que acredite los cuidados que el hospital debe brindarle y que sus padres pagarán con tres cheques prestados: a treinta, sesenta y noventa días.

Rosales se enfrenta a la imagen de Elena sin conciencia, a un cuerpo puro, y se deja invadir por un sufrimiento que cree estar quitándoselo a ella mientras sea él quien lo reciba. Es un fenómeno que se ordena como encuentro místico, un pacto imaginario con un dios supuesto que distribuye el castigo entre los hombres y le dice que a él le ha tocado, esta vez y justamente, por partida doble.

Aunque Elena no se mueva, él percibe las vibraciones débiles de la queja inconsciente, las primeras insinuaciones vitales de su cuerpo. No se mueve, pero es esa una inmovilidad de la que intentará salir cuanto antes para imitar el movimiento de los otros. Entretanto Rosales se pregunta si habrá puertas secretas en el piso de cuidados intensivos, accesos reservados o puntos de reunión en los rincones. Antes de responderse, dando por sentadas las ausencias de los vigilantes, entra en la habi-

tación y deja que las puertas se cierren luego de batirse a sus espaldas, cubriendo de silencio o de sonidos tímidos la habitación en la medida en que los bordes se acercan y se alejan hasta que quedan alineados.

Se inclina sobre la mujer amada, la besa en la frente y sostiene la inclinación en un esfuerzo que su cuerpo no puede entender porque es una inclinación fija de estatua la que lo sostiene, no la inclinación gestual del hombre ante la autoridad de sus pares poderosos. La medicina y la fortuna acaban de aventar la desgracia de ese cuerpo, y contra las prescripciones de la medicina y la farmacia, por encima de las reglas de visitas a hospitales, Rosales besa a Elena con el mismo instinto primitivo que lo ha hecho abandonar de golpe la fiesta de Sanzone.

El proceso prolongado del cuerpo enfermo, sus protocolos ilegibles, el horror de Elena ante la incertidumbre del raid quirúrgico, la indefensión del cuerpo todavía anestesiado, enfrentan a Rosales a la lección que el temor le ha inculcado en esta noche: la que le dice que debe abandonar el deseo mezquino de tener a Elena para él y, cuanto antes, dejar la habitación sin que lo vean.

La conversación de dos enfermeras se filtra por la ranura de las puertas y se oye, fragmentada, la lengua confusa en la que hablan, un idioma que no es el de la ciencia sino el de su traducción vulgar y rebuscada. Repasan su rutina de calmantes y limpieza, los términos precisos de una dieta sin verduras y las horas de consultas al jefe de guardia, el doctor Rebollo.

–El doctor Sorete.

Las enfermeras conversan mientras caminan hacia la cocina. Han pasado por la habitación de Elena sin advertir la presencia comedida de Rosales, quien supone que han de ser las doce de la noche y que, si es hacia la cocina donde van las enfermeras, es a ver el programa especial de la cadena latina donde hablará, en vivo y para todo el continente, la vedette Morita Cruz, amante del político asesinado por sicarios en el centro, y amparada por el plan de protección a delatores.

Durante una hora Rosales vaga por la ciudad realizando circuitos espontáneos por calles lóbregas, cercanas al complejo de talleres ferroviarios, la manzana del crimen y las seis cuadras por las que se pasean los hombres disfrazados de mujer, con sus penes pegados con cinta adhesiva al perineo. Al cabo, regresa a la fiesta de Sanzone, estaciona el auto fuera del parque, atento a las indicaciones del guardia que esta vez le niega el paso porque un guardia no puede franqueárselo dos veces a una misma persona en una misma noche.

Apenas baja oye la melodía inconfundible que el aire nocturno transmite de manera intermitente, con las interrupciones que fija la atmósfera: el carnaval carioca. Ve los coros de borrachos, los cuerpos sin gobierno que se chocan entre sí, los mozos uncidos por el esfuerzo de la tarea hecha a destajo y el cotillón en cantidad: narices de payaso, matracas, maracas, macanas, máscaras de Groucho Marx, antifaces venecianos y chipotes chillones.

Es el punto más alto de la celebración, el momento en que la fiesta comienza a entrar en el pasado del ma-

trimonio. Por tal motivo es un instante de resistencia, en el que los invitados abandonan el salón dando dos pasos hacia delante y uno hacia atrás. Vuelven sobre las mesas a buscar el último dulce, o los fragmentos mordidos del menú salado; se ajustan el nudo de la corbata sobre el cuello torcido y se abrazan sin distinciones, amigos y enemigos, salen al parque y oyen que ese ruido grave que los recibió al llegar comienza a abandonarlos sin que puedan saber, igual no les importa, que esta noche las cosas se han iniciado de una forma y, de la misma forma, han terminado.

XII

doce

La quilla de un velero golpea la superficie discontinua del Río de la Plata y corta el agua dulce que salta y se pierde en la oscuridad de la noche. Es *El Sabio*, que avanza en dirección al puerto deportivo de Colonia, a una velocidad que Rosales no puede establecer en nudos, como no puede concebir la medida precisa de una milla marina, ni la forma repentina en que cambian las cosas sobre la cubierta húmeda del barco cuando los flashes de tormenta en las alturas producen un espectáculo incomparable de forma y movimiento, iluminando en un instante el perfil de las velas y el roce plano de la nave sobre el río, y dejando luego en su lugar un vacío en forma de nave o un recuerdo vago en quienes la hayan visto.

En el interior del pequeño camarote, el hijo de Rosales no alcanza a observar ese paisaje monótono del río

que ha perdido la imagen mítica del horizonte inalcanzable que el navegante desea perseguir y, a cambio, entrega una bruma cerrada en la que el velero parece estar detenido, o avanzar sin rumbo. Pero *El Sabio* avanza y Rosales estudia, sin método, los intrumentos que controlan la situación del barco y la traducen al idioma extranjero de la técnica, la lengua que ubica las cosas en un mundo diferente: el mundo de los planos y las rutas, allí donde navegante y nave son puntos fijos en el espacio irreal de la cartografía, manifestaciones insignificantes de una presencia humana sometida al ánimo cambiante de la naturaleza.

Rosales y su hijo están en algún punto de esos mapas, en un lugar exacto de un universo imaginario que para Rosales es mejor que no habitar ninguno; y así como una voluntad de razón lo rodea de algunas circunstancias que puede comprender, como la de estar flotando sobre el agua y no dando pasos en la tierra, una fuerza menos elaborada lo sustrae de golpe y lo abandona frente a leyes que desconoce sobre la navegación a vela o, en un sentido más general, sobre el traslado. Lo poco que sabe no le sirve porque es sobre buques con velámenes y sus vergas formidables, sus juanetes de proa, sus trinquetes, sus foques y sus gavias, su motor asistente, su lastre de agua y su caseta de derrota, todas piezas que podrían ser nombradas por Rosales pero nunca señaladas como debe frente a un buque verdadero o ilustrado porque, así como recuerda las palabras que indican cada parte, ha olvidado para siempre lo que aluden.

La carcaza de material liviano, de fibra de vidrio o de madera; las sogas que tensan las velas y sujetan el ancla que no tiene la forma que él pensaba; el pequeño motor que arrastra al velero por los canales del puerto, pero que no servirá de tracción en aguas abiertas aunque sirva para compensar la estabilidad de su estructura; el camarote pequeño, que más pequeño se hace en el vaivén que la superficie del barco recibe del agua y reproduce al revés, más el viento que arrecia en direcciones diferentes, forman parte de una experiencia que Rosales no tiene: la del hombre en peligro que enfrenta la amenaza de las aguas que se agitan en el cielo y en la tierra y llega sano y salvo al destino que ha elegido.

Ha dejado Buenos Aires hace dos horas y se encuentra en medio de algo que por ahora no es partida ni llegada, a mitad de camino entre su casa y el puerto que lo acercará a Atlántida. Pero eso es apenas una sensación inconveniente, una idea destructiva que mantiene la incertidumbre de quien hace todo a medias. El acontecimiento inmediato, que es sólo la experiencia de un hombre y su hijo navegando en un velero, aleja ahora de los pensamientos de Rosales los peligros de a bordo, las estadísticas sobre catástrofes fluviales que por suerte desconoce, el sino negativo de las tormentas sobre el agua y su escaso valor para enfrentar la adversidad si no es de modo colectivo.

Aunque sus necesidades traten de asociarlos, en nada se parecen los riesgos de la excursión naval a los de las riñas antiguas de El Francés, esos choques de ofensas en-

tre grupos donde se atacan y defienden sobrios y beodos en el reservado que los amigos de Rosales sienten como propio, y como cosa propio defienden, sin que sepan que hace meses compraron el bar capitales extranjeros cuya pista sigue el fisco con la ayuda de Interpol.

Mientras tanto, sobre el muelle del que ha zarpado *El Sabio*, se lo ve a Rigazzio preparado para la travesía a la que invitó a Rosales con su hijo. Lleva una campera rompevientos, botas náuticas espolvoreadas con resina en sus suelas, los documentos del barco envueltos en una funda que copia la forma de una boya y las bengalas que exige Prefectura. Camina en una dirección que su cuerpo no confirma; lleva un termo y un mate de madera con un mapa de Argentina aislado del mundo como si el mundo fuera esa esfera que sostiene en una mano, mientras con la otra gira el termo, dejando caer un hilo de agua sobre la yerba seca que comienza a hincharse y a reproducir, a pequeña escala, el ruido de la lluvia sobre el campo.

Rigazzio todavía no piensa que Rosales ha soltado las amarras de *El Sabio* contra su voluntad de navegante, su autoridad de timonel y sus derechos de propietario. Antes consulta en el puesto de guardia el libro de salida, y luego recorre los canales interiores del puerto creyendo ver la popa de su barco en otras popas, confusión típica de aquellos que desean ver a cualquier precio las cosas que se fueron. Desde el teléfono público del buffet llama a Rosales y deja su mensaje en el teléfono:

–La reputísima madre que te parió...

Rosales no imagina el disgusto de su amigo varado so-

bre el muelle donde rompen las aguas. Lo ha hecho durante los primeros dos o tres kilómetros de viaje, los del remordimiento. Desde la cubierta del velero ha observado, con la fascinación que se siente al llegar al lugar nuevo, no al abandonar el conocido, los edificios de la ciudad hundiéndose en el horizonte, y los ha imaginado inmensos y pesados aún en la distancia. Pero su asombro no ha surgido de aquello conocido que se vuelve diferente, sino del abandono de esa línea de edificios que ha sido, hasta hoy, el lugar donde encontró el horror de las cosas habituales, imágenes de la ciudad que se aleja junto al reflejo de las luces que se pierden en la niebla, fuente de claridad inútil que no aclara, y que son las cosas que Rosales olvida apenas *El Sabio* se lanza abiertamente al río.

El niño se adapta sin inconvenientes a los movimientos de la embarcación, a las dimensiones diminutas de un interior donde todo está al alcance de su mano pero todo se desplaza. Las camas marineras, diseñadas para adultos que duerman encogidos, son para él una superficie cómoda donde cree haber crecido de repente. Dentro de una está él, quien no duerme ni desea exponerse a la humedad resbaladiza de cubierta. No tiene preferencias que lo induzcan a realizar un acto en este instante, más bien prefiere recordar relatos de altamar e imitar la lógica de las expediciones a las Indias, la que conocieron los grandes navegantes menos por ansias de saber que por gajes de un oficio en ciernes.

En la soledad de la noche piensa que no habrá aven-

tura si no hay imagen que pueda acreditarla, sin la luz del día que dé sobre las velas claras atadas al palo mayor, la pieza que indica un gesto desafiante de conquista; no de otras tierras u otros mares sino de un peligro indefinido que el marino ha decidido enfrentar para saber quién es contrario al pensamiento inútil de los hombres inmóviles.

Recuerda el momento en que se enfrentó a *El Sabio* en el puerto de veleros, ese momento en los que el hombre debe tomar aquello que desea sin temer a la mirada ni al castigo, y la escalada posterior que ha ido de la idea a los sucesos que su memoria habrán de restaurar cuando se nombre, en su presencia, la palabra barco o río. Recuerda la popa de *El Sabio* golpeando los neumáticos que separan a los barcos de los amarraderos, el puerto vacío, el agua meciendo las naves alineadas, su hijo sentado sobre el muelle de madera y la demora de Rigazzio que termina de orquestar el instante irreversible de una ocasión aprovechada.

El Río de la Plata mantiene una calma que no indica nada, que no agrega optimismo al carácter de Rosales, ni augurios del naufragio que el piloto avezado advierte en la tranquilidad lisa de las aguas, ese plano del que surge el movimiento primitivo de las cosas que buscan acomodarse entre sí. No parece líquida aquella superficie sobre la que el velero se desplaza ahora a una velocidad constante, sin desvíos laterales que lo saquen de esa línea recta que imaginariamente Rosales tendió de puerto a puerto. Los cabeceos de la nave son suaves y elegantes, igual

que los vaivenes de un hombre pesado sobre una mecedora, o de dos niños livianos en un sube y baja; son un armisticio entre la naturaleza y la industria naval que conviven en la noche sin grandes diferencias.

Sobre la mesa del camarote, incrustada en el piso del barco con tornillos de acero, Rosales deja una hoja de ruta con datos meteorológicos anotados en los márgenes, un resumen gráfico del viaje donde el viaje, sin el hombre que viaja ni el transcurso del tiempo que habría de darle movimiento a los viajeros, es sólo una idea de aventura escrita en clave. También ha dejado, a un lado del papel que consulta cada diez o quince minutos, y que para él es la memoria de un futuro que todo hombre perdido desea tener, un mapamundi donde el cruce del río que está llevando a cabo es una línea que apenas se ditingue entre los cinco continentes, en medio de la cual intenta dibujar a *El Sabio.*

En el mundo aplanado por aquellos que intentaron entenderlo como forma, renunciando a entenderlo como cosa, la proeza de Rosales se realiza lentamente sobre la abertura corta pero ancha que se pierde en el celeste de los mares del sur. No hay correspondencia entre el esfuerzo del barco en el paisaje monótono del río que lo absorbe, lo aísla y lo pierde por momentos en su bruma, y la soberbia sedentaria de los mapas, donde los viajes están allí pero no están, del modo en que la memoria está implícita en los cuerpos, al tiempo que está ausente.

El filo de la quilla divide las aguas, las separa para reunirlas en la estela de la popa y dejar caer un rocío espeso

sobre el equipo de lluvia de Rosales, la cubierta angosta del velero, las cuerdas que sujetan las velas y los salvavidas de tela anaranjada. En medio de esos encuentros, *El Sabio* no deja de avanzar en compañía lejana de los buques mercantes que, indiferentes a las iniciativas personales, cumplen sus rutinas transatlánticas con la tristeza a cuestas de los marineros que beben del pico en los camarotes antes de iniciar, de madrugada, sus juegos rudos por dinero y sus chistes con el cuerpo.

De pronto, después de varias horas de navegar sin referencias de la tierra que le indiquen a Rosales que el velero se acerca al Uruguay o la Argentina, porque al no ver referencias pudo haber errado el rumbo, haber vuelto al punto de partida o girar sobre sí mismo todavía, ve a lo lejos la señal intermitente de un faro que atraviesa la neblina, una luz amplia que le da un baño claro al manto oscuro de vapores sobre el agua.

No ha habido nada en la inmensidad ancha de ese río, salvo la ondulación del agua donde la superficie mitiga el horror del vacío que yace en lo profundo, el misterio abundante de su lecho, con sus pesqueros hundidos, y también sus pescadores, y la flora acuática que se entrega al pez del modo en que el pez se entrega a la parrilla; y así como las cosas ordinarias de la vida o de la tierra han faltado en este viaje, reaparecen ahora en lo alto de ese faro.

El barco se acerca a un muelle construido con piedras sobre piedras y sigue las boyas que lo guían a Rosales al canal de amarradero, una zona virgen de la costa sin controles de la aduana. Algunos perros ladran campo aden-

tro, algunos o apenas un perro solitario que reproduce su ladrido en los ecos del espacio abierto, tal vez amenazando a perros vagabundos en el silencio cerrado de la noche donde no hay presencia humana o la hay agazapada.

El rumor del río ya no se oye, pero aún permanece en los oídos de Rosales que no puede confundirlo con los golpes suaves de las aguas del canal sobre el velero. Este es un movimiento delicado que acuna a la nave sin los modales enfáticos del viaje, que no afecta la estabilidad de Rosales sobre cubierta, ni su descenso al camarote donde su hijo duerme con suspiros y produce la música que premia su fatiga.

XIII

trece

El sol de la mañana cae de lleno sobre el vidrio de alta presión y el aro de bronce de un ojo de buey de *El Sabio,* y en la cabeza de los remaches que lo fijan a la estructura, donde el óxido se añade al brillo con un resto de opacidad que fecha a simple vista al barco y le da un valor aproximado de reventa; y cae también sobre los veleros, sin velas, amarrados en el puerto y empañados por el rocío que comienza a evaporarse como si de ellos se corriera una tela transparente.

La experiencia de aventura no le ha dado a Rosales mayor conocimiento sobre barcos, ni sobre los estilos de cómo trasladarlos contra el viento. En cambio, parece haber asimilado la lección del hombre temerario que entrega su valor al juicio de la suerte porque, sin método que haya protegido o inspirado su traslado, ni obstáculo que no

haya podido vencer cuando surgieron, ha llegado al Uruguay y ha pasado la noche velando el sueño de su hijo, cuyo cuerpo comienza a moverse como una figura que no alcanza a definir su posición ante quien mira las líneas que la forman.

Son gestos que surgen de un origen primario, señales que el cuerpo da a sí mismo para responder a la quietud que mantiene por las noches. No hay ninguna utilidad en ellos, excepto la de ir interrumpiendo esa quietud con algo que no alcanza a ser exactamente un movimiento, sino una restauración de la conciencia que le dice al niño que, al viajar dormido, ha vuelto de dos viajes, no de uno, sin restos de nostalgia de aquello que ha dejado, básicamente, su madre y sus juguetes.

El barco de Rigazzio permanece amarrado en las aguas del canal sin que haya inquietado a los controles de la costa. Rosales le señala a su hijo las mochilas y bajan del barco dando un salto hacia el muelle enclenque de maderas astilladas por los golpes, pero todavía resistentes al peso de los navegantes que encuentran en ellas un tránsito oficial hacia la tierra. Caminan por la banquina de una ruta angosta que corta una línea de palmeras, llegan a una ruta algo más ancha y esperan el ómnibus bajo un refugio municipal de chapas y caños gastados por el roce de los pasajeros que se apoyan en ellos para no rendirse ante el cansancio.

El plan de un viaje terrestre no puede compararse a haber cruzado el río, pero la imaginación comparativa de Rosales une la experiencia única y aún reciente del

velero con un traslado vulgar sobre la ruta para que pueda demostrarse que es capaz de incurrir en lo común y también en lo especial un mismo día. Suben al ómnibus vacío que ha salido hace minutos de su base y entran sin mirar a los choferes, en busca del fondo del vehículo donde arrumban su equipaje y se echan sobre los asientos que los otros pasajeros prefieren evitar porque están encima del motor.

La elección de aquello que otros no prefieren es porque el rumor elevado de la máquina les impedirá intentar conversaciones que hablen de la aventura sobre *El Sabio*. Prefieren el silencio, un silencio que no es tal si se lo juzga como un sonido del ambiente, pero que lo es cuando el sonido impide el flujo de las voces; y en esa decisión que no han pensado, que los llevó de golpe a los últimos asientos, Rosales y su hijo recuperan, sin decirlo, el recuerdo de sus cuerpos sobre el río, y con él la monotonía de las olas de agua dulce golpeando el casco del velero de Rigazzio.

Pero Rosales piensa que el recuerdo no siempre es algo bueno; que a veces es remedo, copia infiel y, muchas otras, la despedida suave de los hechos. Al no haber río ya en este viaje por la tierra, ni olas que se abran sobre el filo de la quilla, ni vientos rasantes sobre las velas de tormenta o el equipo de lluvia de Rosales, lo que hay es la frecuencia de un motor diesel reventado que los lleva a un lugar que desconocen.

Sin embargo, podría haber sido otro estímulo, o varios, aquel que Rosales recibiera para volver, en el recuerdo, al

viaje a vela. Podría haber sido una canilla abierta a la vera de la ruta; u otra que, aún cerrada, remitiera a la idea del agua o lo mojado. Pero un tendal seco, con sus ropas flameando en algún patio, igual lo hubieran acercado al suceso reciente que no olvida, para que no olvide que las cosas que pasan en el mundo nunca son del todo cosas del presente.

Recorren la ruta desierta que le da mayor importancia a ese traslado, tan común en la rutina del chofer y los pasajeros habituales que abandonan la ciudad a las seis de la mañana y a las seis y veinte se encuentran en el campo. Bajan en Atlántida y caminan hacia la playa, de donde les llega el ruido de las olas del mar que se agitan a lo lejos. Todo está allí como siempre, y lo que falta ha sido ocupado por cosas similares que respetan la serie milenaria de gaviotas, espuma, caracoles quebrados en la arena y agujeros por los que respiran las almejas y la tierra.

"Viva la concha".

Rosales lee a lo lejos, sobre los restos de un edificio que asocia con la pesca, la inscripción en letras blancas sobre el gris veteado del revoque. El niño mira el horizonte y recibe asombrado la inmensidad de esa llanura, los picos blancos de sus olas que son apenas líneas a lo lejos, donde el mar se vuelve oscuro y simple, sin la variedad de la mirada próxima que ve el detalle.

Almuerzan en un restaurante de la costa y ven llegar a los turistas que despliegan sus sillas de lona, sus sombrillas, los protectores solares y la prensa del día. Es una multitud silenciosa que ha decidido concentrarse en un

punto de esta costa para introducir en la naturaleza su idea sobre el ocio y los placeres, además de la moda del verano que copian de folletos, y las conductas familiares que intentan disolver en el amplio flujo de lo público.

Rosales no es del todo ajeno a los ritos de la playa, pero prefiere resistirse a esa fuerza que introduce lo propio en lo ajeno y observar las cosas que suceden como extranjero de sí mismo. Sin embargo él y su hijo ya son otros, menos personales ahora que han ingresado a la felicidad llana y expresiva de esa comunidad desnuda donde cada cada cuerpo es diferente al de los otros pero vale lo mismo.

Los hermanos discrepan en juegos de naipes, los matrimonios en el maltrato recíproco de cada cónyuge, los niños en su avidez por la trampa y el triunfo. Como si el regreso a la naturaleza recuperara en ellos un estilo propio del salvaje o de la bestia, aun en el conjunto todos están solos.

En las arenas de Atlántida hay turistas que se asan o cuecen al sol del mediodía. Asados o cocidos, Rosales y su hijo golpean con paletas una pelota de goma resistente al viento oblicuo que despeina a los bañistas dejando un blanco en los cabellos, como si las manos de una madre buscaran liendres en sus niños, o un criminal buscara un hueco con sus dedos para punzar sobre el cuero del cráneo.

La pelota, arrojada por el niño en una dirección que no busca la respuesta de su padre sino una zona a la que su padre nunca llegue, rueda en dirección al mar, dejando

a su paso una marca recta y seca sobre la arena mojada. Rosales sigue con la mirada a un cuerpo que se detiene de perfil muy cerca de donde padre e hijo han marcado, con sus talones, los límites físicos del juego que el niño insta a continuar con gritos que se lleva el viento. Pero Rosales sigue mirando fijo el cuerpo detenido bajo el sol del mediodía porque algo de la forma de ese cuerpo, de la posición en que ha quedado y de sus modos de rectificarla imperceptiblemente, le dicen que está mirando a Elena, aunque puede ser otra.